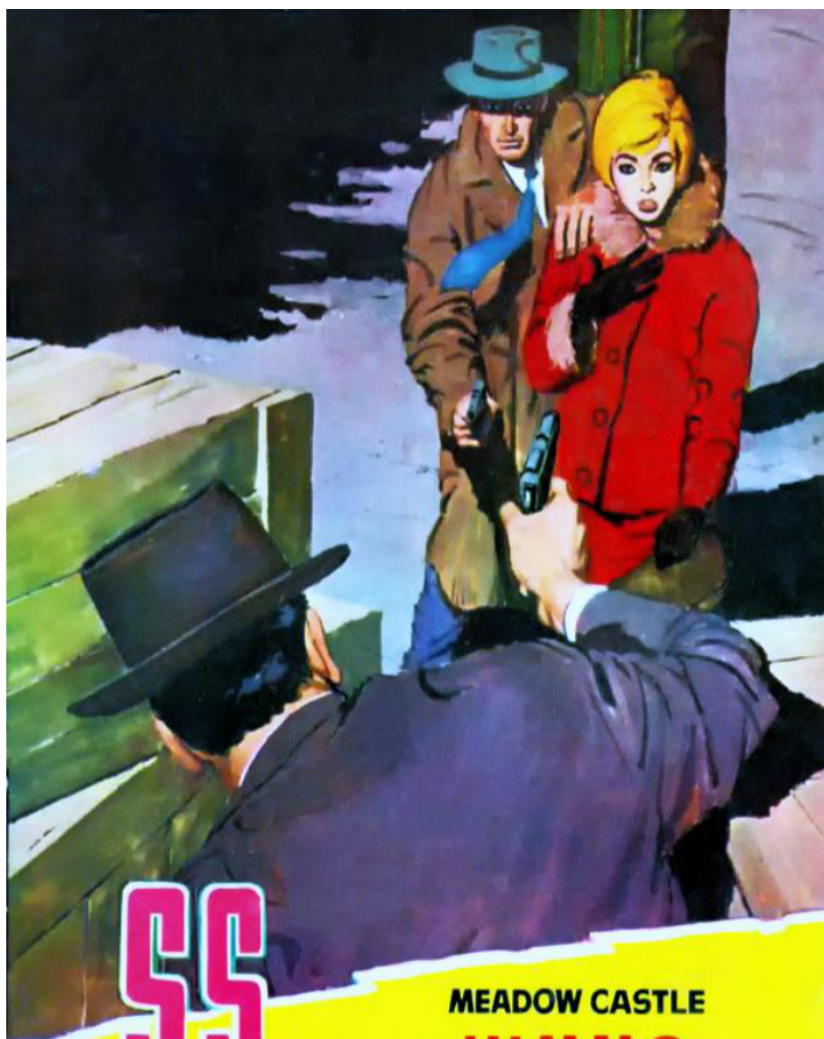




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MEADOW CASTLE

HIMNO DE FUNERAL

MEADOW CASTLE

HIMNO DE FUNERAL

1.^a EDICIÓN
MARZO 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **BISONTE**:
620. — Las amazonas. 655. — Tumbas en la ciudad.
684. — La muerte en diligencia.
- En Colección **BUFALO**:
334. — El hijo del forajido. 341. — Refugio de desesperados. 361. — Sepulturas en el desierto.
- En Colección **PANTERA**:
63. — Legado maldito. 66. — Pistol Benton. 69. — Sólo contra todos.
- En Colección **TEXAS**:
175. — Lo ganó con sangre. 178. — Una vieja ley.
231. — El embustero.
- En Colección **CALIFORNIA**:
179. — Testamento diabólico. 214. — Aristócratas del Oeste. 223. — Cercado por el plomo.
- En Colección **COLORADO**:
118. — Nacido para luchar. 130. — Misión peligrosa.
176. — Reunión de pistoleros.
- En Colección **KANSAS**:
79. — Odio en Nuevo México. 131. — Caballos para los muertos. 143. — Pastos malditos.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 781-1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

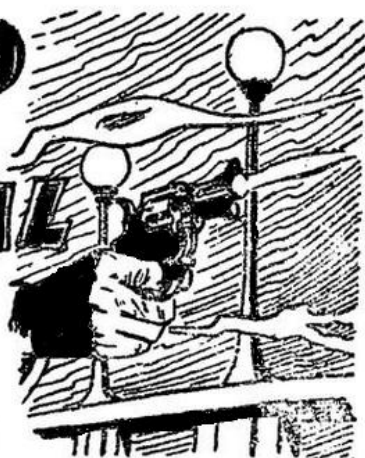
© MEADOW CASTLE - 1961

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1961**

N. R. 50/61

HIMNO
de
FUNERAL

FOR
Meadow Castle



CAPÍTULO PRIMERO

—Entre, Fremont.

El agente del

N. S. B.

[1] cerró la puerta y miró a su jefe, pero con el rabillo del ojo examinó fugazmente a la mujer sentada junto a la mesa.

El jefe del Departamento hizo la presentación.

—Le presento a la mejor redactora del «The Chicago Port», Fremont. Éste es nuestro mejor agente, Edith. Es raro que no hayan tenido ocasión de conocerse antes de ahora.

Los dos presentados se inclinaron levemente. El agente se sonrió para sus adentros. Norman Spencer, el jefe del Departamento del N. S. B.,

era un buen diplomático. Cuando le convenía, sabía decir «nuestra mejor labor», «nuestro mejor cuchillo» «nuestro mejor espía»...

—¿De qué se trata, jefe? —inquirió.

—Síntese... Allí, en la mejor silla del despacho.

El agente examinó de lleno a la conocida representante del reporterismo sensacionalista de Illinois.

«¡Muy guapa, sí, señor!», ponderó in mente.

Edith también pensó lo suyo del agente, concluyendo, igualmente para sí:

«Debe ser fuerte como un toro y ágil como una pantera».

—Explíquese, Edith —rogó el jefe—. Fremont sabe leer entre líneas y entender con pocas palabras.

—¿Repito mi declaración?

—Sí. Pero no la llame declaración, sino charla entre amigos.

—Bien. Mi fuerte es el charlar.

—Como todas las mujeres —convino Fremont, sentándose.

—Según las estadísticas, a las que tan dados somos los americanos, la opinión general es que los hombres charlan más que

las mujeres.

—Quizá. Pero yo opino que los hombres hacen puntos y comas en la conversación, beben de cuando en cuando, fuman y tosen.

La reportera enarcó las cejas.

—He entendido lo de comas y puntos, pero no estoy de acuerdo con usted, agente. Lo que no he comprendido es eso de beber, fumar y toser.

—Mientras hacen todo eso, los hombres no charlan. ¿Comprende ahora?

Norman se permitió sonreír. Miró a la joven como si le dijera: «Él ha ganado la primera batalla». Sin embargo, propuso amablemente:

—¿Qué tal si dejaran ese bombardeo de opiniones?

—Me parece muy bien —dijo Fremont.

—A mí también —aceptó Edith. Mas era mujer y quiso ser la última en opinar—. Pero hago constar que hoy día las mujeres también beben y fuman.

«Pero ella ha dicho la última palabra», pensó el jefe mirando ahora al joven.

—Ha desaparecido el ingeniero Fred Tyner —explicó la redactora—. Estaba trabajando en los planos de los depósitos subterráneos de proyectiles atómicos. Cuando lo encuentren, tendrá una bala alojada en la cabeza y de su cartera habrán desaparecido los planos, en los cuales, seguramente, se especifican los lugares de las futuras construcciones en países amigos nuestros.

—¿Cómo sabe que sucederá o ha sucedido todo eso que dice? —preguntó Fremont.

—No lo sé, me limito a exponer una opinión. Aunque, no crea, también puedo tener una pista.

—Ya.

—Hasta ahora he acertado en todas mis suposiciones —dijo Edith amostazada ante el «ya» escéptico del agente.

—He leído los periódicos de hoy de cabo a rabo y no he encontrado esta noticia —replicó Fremont.

—Edith es, además de periodista, nuestra mejor colaboradora. No publica ninguna de sus noticias sensacionales sin antes habérmola comunicado a nosotros —explicó Norman.

—Ah, vamos; es una segunda Ruby.

A la observación del agente le siguió el silencio.

Ruby había sido reportera de «Revue» hasta el día que fue hallada degollada en su cama.

Mientras se levantaba y se dirigía a un armario, sacando una botella y tres vasos, dos de los cuales colocó ante la pareja, guardando el otro para sí, Norman preguntó secamente:

—¿Quién puede haberlo hecho, Fremont?

Éste pareció despertar de un sueño, o lo que es lo mismo, dejó de contemplar las bien formadas piernas del personaje femenino.

—¿El qué, jefe?

—¿Cómo el qué? La desaparición, el asesinato y el robo de los planos.

Fremont fue el primero en vaciar el vaso de *whisky* que acababa de llenarle el jefe, sin aguardar a que Edith bebiera el contenido del suyo.

—Bueno —dijo, depositando el vaso sobre la mesa—. El ingeniero Tyner ha desaparecido, pero esto no es una explicación completa. ¿Qué edad tiene ese hombre, Edith?

—Cincuenta años. Pero yo no digo tiene, sino tenía. Era alto, elegante, pálido...

—Un tipo interesante, y no tan anciano como para no tener algún arreglo por ahí y desaparecer para echar una cana al aire.

—¡Fred Tyner estaba casado y era todo un caballero! —dijo la redactora con voz chillona.

El agente se puso en pie sin atreverse a sonreír.

—Propongo que no hagamos nada hasta estar seguros de algo, jefe. Mientras tanto, si la mejor redactora de Chicago quiere escribir a máquina, explicando su versión de...

—El «The Chicago Port» lo explicará mañana en primera página —cortó la joven.

—Si usted no dispone otra cosa, jefe —bostezó el agente—, me iré a dar una vuelta por el Zoo. Hace semanas que quiero ver a una nueva pareja de tigres de Bengala que, según dicen, pesan cuatrocientas libras cada uno.

Norman asintió con un movimiento de cabeza y el agente salió del despacho.

—Desagradable sujeto, ¿no? —inquirió la periodista.

—No. Es muy reservado. En estos momentos su cerebro está

sometido a una gran presión. Ya verá cómo se mueve cuando la Policía confirme la desaparición del ingeniero. Lo que más nos interesa en estos instantes es que los planos no salgan del país ni puedan ser transmitidos por radio, y de eso me encargaré yo.

Era la tercera vez que Fremont entornaba los párpados y dejaba volar su fantasía, sintiéndose trasladado al país de los lagos.

Le producía esta sensación las melancólicas notas del «Vals Triste», del gigante finlandés Jan Sibelius.



—¡El "Vals Triste"!

—¡Esos rugidos! —exclamó de repente—. Es el tercer día que los oigo.

Las notas del vals procedían de una casa particular con un jardín protegido por una cerca metálica en forma de herradura situada a la derecha del moderno edificio del

N. S. B.

Los rugidos que sacaban de quicio al agente federal procedían del Zoo fronterizo.

Cerró la ventana de su despacho, pero los rugidos y las notas del «Vals Triste», si bien algo apagados, llegaron igualmente a sus oídos.

—¡Esto es insoportable!

Descolgó la americana del perchero y se dirigió con ella al brazo hacia la puerta en el momento en que ésta se abría y un joven agente le decía:

—El viejo quiere verte, Fremont. ¿Le digo que te vas de paseo, o prefieres que le mande a él al ídem?

Fremont rezongó:

—Yo mismo le diré lo que tenga que decirle, gracioso.

Se colocó la americana y se enderezó el nudo de la corbata mientras se dirigía al despacho del «amo». Se detuvo ante una puerta en la cual había una placa con un solo nombre y apellido: «Norman Spencer». Llamó con los nudillos y entró cuando obtuvo el permiso para hacerlo.

La periodista Edith volvía a estar sentada en el mismo sillón de la vez anterior, hacía veinte días. Las medias que llevaba no eran las mismas, pero sus piernas, largas y esbeltas, así como sus labios, carnosos y rojos, no habían variado de postura ni de dibujo, respectivamente.

—Ya volvemos a estar reunidos —dijo ella, sonriendo.

Fremont observó que los dientes de la periodista eran tan blancos y regulares que podían servir de anuncio de una pasta dentífrica.

—Lo celebro —contestó con sinceridad. Añadió zumbón—: ¿Sabe algo de sus desaparecidos Fred Tyner y Herbert Lloyd?

—De estos dos no sé nada. ¿Y usted?... Pero puedo darle mi opinión respecto al tercer ingeniero que desaparecerá hoy.

—No me diga.

Edith se puso en pie y el agente pensó que las vestales romanas debieron tener la figura de aquella muchacha, tan alta, que le llegaba a él a las cejas.

—Hoy es sábado y mañana domingo.

—¡Vaya, vaya!

—Espere, sabio —cortó la redactora—. Cuando Herbert Lloyd desapareció, tuve la suerte de no verle a usted en este despacho. ¿Sabe lo que le dije entonces al jefe?

—Lo sabré cuando usted lo diga.

Norman quiso intervenir conciliador.

—¡Un momento! —le atajó la joven refulgiéndole las azules pupilas—. Le dije al jefe que era curioso que Tyner y Lloyd desaparecieran en sábado.

—¿Tiene eso algo de particular?

—Sí. Abra bien los oídos.

Fremont se agarró los lóbulos de las orejas, tirándolos hacia afuera.

—Adelante, enigma con faldas.

—Hoy desaparecerá uno de los cuatro ingenieros restantes protegidos por este Departamento.

Los dos hombres se miraron en silencio. El más joven extrajo un paquete de «Players Navy Cut», de contrabando, y ofreció un cigarrillo a Norman. Vaciló y alargó el paquete a Edith.

—¿Un cigarrillo? —le invitó.

—No, gracias. ¿Me ha oído bien? Hoy desaparecerá el tercer ingeniero...

Cuando los dos hombres hubieron arrojado hacia el techo del despacho las dos primeras bocanadas de humo, Norman sugirió muy serio:

—Usted es periodista, nosotros somos investigadores, Edith. Ahora soy yo el que se permite opinar: dejemos la fantasía a un lado y vivamos de realidades.

Cuando Fremont estaba a punto de guardar el paquete, Edith alargó dos dedos en un gesto muy femenino.

—Deme uno de esos cigarrillos de contrabando.

—Tome. Pero no diga a nadie que son de contrabando, ¿eh?

El agente le aproximó la llama de su mechero, y el humo que ella arrojó con fuerza al techo se reunió con el de los dos hombres.

—Convengo en que me he dejado llevar por un presentimiento, jefe —declaró Edith.

—Me gusta que lo confiese, muchacha.

Fremont se encogió de hombros.

—Usted tiene la palabra, jefe. Haré lo que me mande, aunque ya

sabe que no es trabajo lo que me falta.

Norman era casi tan alto como el agente, vestía bien, era elegante y sabía sacarle provecho a sus plateados aladares.

—¿Qué dice la policía, Edith? No me interesa la versión oficial, que conozco mejor que nadie, sino la impresión particular que usted ha sacado al hablar con ellos.

—¡La policía! Interrogaron tan brutalmente a la viuda Lloyd, que la pobre tuvo que ser internada en un sanatorio. La esposa del difunto Tyner aún no ha salido a la calle y ha envejecido diez años en tres semanas.

Fremont se permitió ironizar.

—¿Asistió usted a los entierros de los ingenieros Tyner y Lloyd?

—Y usted, ¿ha dado con su paradero, vivos o muertos?

—Han desaparecido sin dejar rastro, ¿no?

—Yo diría que ésa es una frase vieja, pasada de moda.

Fremont alzó una mano, rechazando el vaso lleno que Norman le ofrecía.

—Estoy de servicio, jefe.

—¿Va a salir?

—Si usted no dispone lo contrario...

El jefe del Departamento permaneció con la botella en la mano sin decidirse a llenar su propio vaso, diciendo mientras su subordinado empuñaba el pomo de la cerradura:

—Si no tiene nada urgente entre manos, Fremont, creo que debería encargarse de este asunto. Fred Tyner Herbert Lloyd, Morton Glass, John Egan, Alton Hipple y Morris Harlan, están bajo la protección de este departamento, aunque ellos lo ignoran.

—Eso es lo que iba a hacer, jefe.

El joven agente del

N. S. B.

y la sugestiva redactora se miraron fijamente.

—¡Suerte, míster Lince! —le deseó ella.

—A usted le hará más falta que a mí la suerte, hurón con faldas —replicó él.

—¿Por qué?

—En las desapariciones de Tyner y Lloyd usted buscó el sensacionalismo y lo consiguió. Nunca se había dado el caso de que por la desaparición de dos ingenieros se armara tanta polvareda.

¿Piensa hacer igual en el caso siguiente?

—Léame mañana y lo sabrá. Mi reportaje será sonado. «¡Tercer ingeniero protegido por el N. S. B.

que desaparece en las barbas de los agentes sin dejar rastro!», dirán los titulares.

Mientras cerraba despacio la puerta, Fremont meneó la cabeza con aire compungido.

—No me extrañaría que me llamaran para identificar su cadáver en las aguas del puerto, Edith. Se me pondrá la carne de gallina al reconocerla.

—¡Es el hombre más desagradable que he conocido! —exclamó ella.

Norman denegó con la cabeza.

—Es muy eficiente y consigue lo que se propone, Edith.

El personaje podía haber agregado: «Y lo que no se propone».

Al poner Fremont los pies en la calle, algo parecido a un moscardón silbó en sus oídos y al tiempo que se agachaba contempló el negro agujero abierto en la fachada. De no haber vuelto inmediatamente la cabeza para ver de dónde partía la bala, hubiera observado que esta caía al suelo junto a la pared, luego de haber abierto en ésta un agujero redondo y ancho.

No había sonado ningún estruendo ni ninguno de los agentes que conversaban en el vestíbulo advirtió el atentado de que acababa de ser objeto su compañero.

—¿Estás buscando la vergüenza? —inquirió de repente alguien detrás de Fremont al verlo agachado.

Éste examinó la blanca humareda dejada por el tubo de escape de un automóvil que acababa de arrancar a casi cien yardas de distancia, no tardando en perderse entre centenares de coches que circulaban por la importante avenida.

—Sí. ¿La has encontrado tú?

—De haberla encontrado me quedaría con ella.

Así conseguiría que Mary y Lucille no me llamasen desvergonzado.

Fremont recogió la bala, la examinó y se la entregó a su compañero.

—¿Estás en buenas relaciones con la redactora Edith, Cecil?

—A partir un piñón. Cuando me ve me enseña los dientes, gruñe y escarba el suelo.

—Entrégasela de mi parte y dile que los amigos de Tyner y Lloyd han empezado a actuar. Luego, entrégasela al jefe para que la haga analizar. Hasta la vista... desvergonzado.

Cinco minutos después, cuando Cecil penetraba en el despacho del jefe del Departamento, extendiendo una mano y esbozando una sonrisa, ésta se le heló en los labios.

Uno de los altos cristales de la ventana estaba roto en cien fragmentos, los cuales alfombraban el suelo del despacho.

Norman, ligeramente pálido, y Edith, expectante, se hallaban leyendo en un papel, al cual estaban pegadas las letras recortadas de un periódico:

«No se molesten en buscar a los ingenieros Fred Tyner y Herbert Lloyd. Están muertos y sus cadáveres no aparecerán. La periodista Edith Jakoukof les hará pronto compañía si no deja de escribir sandeces.

»Koulema».

Sábado, agosto, puerto, Chicago, es una combinación inolvidable que puede traducirse: calor casi tropical, humedad pegajosa, vicio, borracheras y juego, con el consabido colofón del depósito de cadáveres atestado.

Fremont no era abstemio, pero tampoco un borracho. Sostenía que es mejor beber poco y durante más tiempo que beber mucho y acabar pronto la cuerda.

Pero aquella noche el cuerpo le pedía bebida. Y bebió mucho porque tenía mucho en qué pensar.

A la salida de un *cabaret* en cuyo interior se supo observado, aunque no pudo adivinar cómo ni por quién, dirigió los pasos hacia la redacción del «The Chicago Port», según rezaba el rutilante letrero colocado en lo alto de la entrada del importante rotativo.

—Edith debe de estar a punto de salir —dijo, apoyándose en la mal alumbrada fachada de una casa fronteriza.

Se sostenía firmemente sobre sus pies, pero al mascullar las palabras notó que arrastraba las sílabas.

Apenas transitaban vehículos por la Avenida del Puerto. Una hora más tarde, a la salida de los espectáculos, la avenida se convertiría en una pista de carreras. Los ocupantes de más de un vehículo no llegarían a su destino. Al día siguiente serían identificados en la morgue por sus familiares con las consiguientes escenas de dolor.

—La gente tiene prisa por morir —murmuró Fremont—. No me explico por qué.

Un hombre pequeño, jorobado, de dientes salientes y con el sombrero hundido hasta los ojos, se aproximaba tambaleante por el lado derecho del agente.

Fremont lo miró y a continuación consultó su reloj de pulsera.

—Dentro de diez minutos la veré salir por esa puerta. ¿Cómo no me habré fijado en ella hasta ahora?

En el otro lado de la calle, cerca de la puerta del diario, vio a un segundo hombre pequeño, asimismo jorobado.

—Reunión de jorobados —rió.

Dejó de reír al observar que los dos hombres deteníanse casi al mismo tiempo, se apoyaban en las fachadas de las casas y terminaban sentándose en el suelo, inclinando la cabeza.

—Están borrachos perdidos —murmuró—. Mucho más que yo.

Repentinamente sucedió algo que coincidió con la salida de Edith.

Fremont contempló horrorizado como el segundo jorobado se enderezaba de pronto en el suelo, se ponía de pie de un salto y se lanzaba hacia la entrada de la Redacción.

—¡Edith! —gritó.

Tropezó con un hombre colocado en cuclillas a sus pies y cayó cuan largo era. Se puso prestamente en pie con un movimiento felino y se aprestó a la lucha.

Edith era una mujer excepcional, pero entre una mujer desconocida, hacía tres semanas, y la vida que habíanle dado a Fremont sus progenitores, hacía veintiocho años, no cabía opción.

Se quedó de piedra al contemplar la sonrisa de idiota del jorobado tumbado en el suelo, el cual parecía un sapo monstruoso.

—¡Hola, compañero! —tartajeó el contrahecho—. ¿Por qué no miras dónde... dónde pones los pies? Yo también... también estoy borracho y...

Fremont giró sobre sus talones y atravesó la calle a grandes zancadas.

No vio a Edith, ni al segundo borracho, ni nada que pudiera inspirarle sospechas.

—¿Habrá sido una alucinación producida por el exceso de *whisky*? —se preguntó sin dejar de correr.

Cuando estaba a punto de detenerse delante de la Redacción del «*The Chicago Post*», Edith salió a la puerta acompañada por dos jóvenes atléticos, en mangas de camisa.

—¡Por allí! —exclamó ella, señalando hacia la izquierda.

—¡Le perseguiremos! —ofreció uno de los jóvenes—. No puede estar lejos.

La joven cambió súbitamente de pensamiento.

—No. Dejadlo. No me extrañaría que se tratara de una flor de esas que nacen en las tabernas de los puertos.

La redactora enarcó las cejas al reconocer al bolido que se les venía encima.

—¡Vaya! —rió—. Apuesto que el mejor agente federal de Chicago está a punto de caer del cielo.

Fremont se paró en seco y enmudeció. Señaló al otro lado de la calle y, asimismo, hacia la izquierda, cosa que hizo mientras se esforzaba por dominar su jadeo.

—Aquel maldito borracho me ha derribado cuando estaba a punto de venir en ayuda de usted, Edith.

—No veo a nadie, míster Lince.

—Porque el miedo la ha dejado ciega de repente —replicó secamente el agente—. ¿No lo ve allí caído como un trapo mojado?

Se volvió, cerró y abrió los ojos, fijándolos en el lugar donde él había estado apoyado, y no vio a nadie.

Los dos sujetos atléticos se miraron con sorna.

—Yo diría que ésta es la noche del sábado —dijo uno.

—Estamos entrando en la madrugada del domingo, Ab. Y puedes apostar lo que quieras que antes de llegar a casa veremos más de un borracho.

—¿No crees que ya estamos mirando a uno?

Fremont extendió una mano, ofreciéndosela a la periodista. La mirada que dirigió a los dos jóvenes fue más significativa que sus palabras.

—No me suelte la mano, Edith. De lo contrario, las dos se pondrán de acuerdo para aplastar dos narices.

Ella se apresuró a complacerle y la pareja se fue alejando de la Redacción.

—¡Hasta la vista, míster Holmes! —saludó uno de los jóvenes.

—Cuide esas manos, míster Louis —recomendó el otro.

Fremont se detuvo, más la muchacha no le soltó.

—Ab y Dave son dos ángeles, amigo mío. ¡Vamos! Continuaron caminando y ella le pasó una mano por el brazo derecho.

—¿Cómo ha conseguido zafarse del jorobado, Edith? —inquirió Fremont.

—Porque empuñaba un cuchillo. De haberse tratado de un revólver, ahora usted estaría llorando junto a mi cadáver... Aunque aquel tipo no era jorobado. Pero hágale de ese famoso borracho que por lo visto le tiene loco. Luego le hablaré de lo que nos ha ocurrido al viejo y a mí esta tarde.

—Seguro que he soñado que había tropezado con un borracho. ¡Bah! Olvídelo y hágale de lo que les ha pasado a usted y al jefe.

Edith contuvo el paso.

—Empiezo a comprenderlo todo, Fremont. Si quiere lo explicaré a mi manera.

—Hágalo.

—Ha sido un ardid que usted ha tramado en complicidad con alguno de sus compañeros... tal vez con ese tipo llamado Cecil, para que yo le esté agradecida.

El agente se sonrió y la periodista exhaló un suspiro.

—Bastaba con que hubiera venido a esperarme y me dijera: «Me gusta su compañía, Edith».

Fremont no la desengañó.

—Es cierto. Me gusta su compañía, Edith.

CAPÍTULO II

La voz de «el viejo», «el amo», es decir, del jefe del Departamento del

N. S. B.

de Chicago, sonó ronca, áspera, apremiante, desde el otro lado del hilo. Dijo, sabiendo que no existía la posibilidad de ninguna interferencia:

—Tengo entendido que usted y nuestra redactora Edith se dieron el ósculo de despedida a altas horas de la madrugada, después de haber tenido... un accidente, Fremont.

El agente tenía la boca pastosa. Se aclaró la garganta antes de corregir:

—No me despedí de nuestra reportera a altas horas de la madrugada, jefe. Mi reloj me decía que aún faltaban unos minutos para la una.

—¡Ese reloj es un embustero! ¿Me ha oído?

—Sí, jefe.

Mientras Norman seguía hablando, diciendo cosas gruesas, entre ellas que el agente del

N. S. B.

que está de servicio en la calle no debe beber, Fremont se pasaba la mano izquierda por el corto y ondulado pelo castaño, mientras pensaba con el ceño fruncido:

«Puesto que mi reloj no miente ni yo estaba tan borracho como para darme cuenta de la hora que era, ¿qué habré de pensar de esa...?».

No concluyó de decir lo que estaba pensando de Edith, que resultó ser algo tan grueso como lo que prosiguió diciendo «el viejo» por teléfono:

—Esa muchacha le ha tomado bonitamente el cabello, Fremont. Cuando usted se digne venir a mi despacho le diré, entre otras

cosas, que el ingeniero Morton. Glass, de cuarenta años, un pelirrojo insociable, ha desaparecido.

—Pero, jefe. Yo...

—¡Espere! Lo más bonito es que mientras usted le decía lindezas a Edith, ella estaba riéndose interiormente. Por primera vez desde que colabora con nosotros escribió su reportaje sin antes haberme comunicado lo que había averiguado. Y esta mañana, cuando los vendedores callejeros comenzaron a vocear el «The Chicago Pon», nuestra mejor redactora ha venido a despertarme para enseñarme su reportaje.

Fremont aprovechó una pausa del hombre para inquirir:

—¿Desde dónde me telefonea, jefe?

—Desde mi casa. Pero usted hará el favor de dirigirse inmediatamente a mi despacho.

—Pero si usted está en su casa...

—Antes de que usted haya salido de su apartamento, yo ya estaré en camino. Y ahora no cuelgue y tendrá ocasión de oír la voz de la verdad. Escúchela.

Fremont se sentó en la cama y pulsó el botón de la luz eléctrica. Necesitaba luz como necesitaba el aire para respirar.

—¿Qué hay, míster Lince? —preguntó la suave voz de Edith. Rió e interrumpió al agente—: ¿Qué palabrotas son ésas en boca de un culto representante federal?

—Eso que ha oído no es nada, bruja. Escuche esto otro...

El agente continuó desahogándose y la muchacha se dispuso a cortar la comunicación. Se ruborizó, interrumpiendo a su interlocutor.

—Bien, bien, bien. Me encontrará en el despacho del viejo —concluyó.

Fremont saltó de la cama y se dirigió descalzo al cuarto de la ducha.

—Voy a apagarme —murmuró—. Estoy ardiendo por dentro.

La caída a presión del agua fresca sobre su cuerpo moreno y musculado le calmó. Tragó agua al hablar en voz alta:

—Al pasar junto a la pared del Zoo escucharé los rugidos de los tigres, a los cuales aún no he visitado, y esto me preparará para oír la andanada del jefe. Luego, cuando él se haya desahogado, me entonaré yendo a escuchar el «Vals Triste» en el tocadiscos de la

casa vecina.

Ya vestido salió de la habitación, colgó la llave en el tablero de la planta del apartamento y, contra su costumbre, contestó con un gruñido al saludo de la mujer encargada de la limpieza.

—Habrá reñido con la novia —suspiró la mujer, joven y linda.

Fremont entró en un bar y pidió un café bien cargado.

—Sin azúcar, Stan —dijo al *barman*.

—¿Se encuentra enfermo, teniente? —inquirió extrañado el *barman*—. Si se tratara de otro hombre le preguntaría si esta noche había bebido más de la cuenta.

—¡Hum! Los hombres virtuosos también tienen derecho a echar una cana al aire, Stan. Recuerda nuestras privaciones en Filipinas.

—Eso decía mi tío Buford, que terminó fugándose con una danzarina.

Fremont salió del bar y avanzó a grandes pasos hacia la parada del «bus». De pronto se detuvo y examinó a las personas que caminaban en la misma dirección que él. No, nadie le seguía, al menos en aquel momento.

Descendió del autobús junto al Zoo. La avenida estaba poco concurrida y los transeúntes caminaban más despacio que los días laborables.

—No oigo los rugidos de los tigres —musitó. Miró con languidez hacia la casa inmediata al edificio del Departamento de Seguridad—. Cuando salga de ver al jefe me aproximaré a la entrada de esa casa con el espíritu dispuesto a devorar las notas del «Vals Triste».

Cecil London, esbelto, irónico y sonriente, abrió la puerta de «Estupefacientes» y puso los ojos en blanco al ver a su compañero de «Fission».

—¿Qué le has hecho al viejo, Fremont? Está que Irina. Ha llegado hace siete minutos en compañía de la escultural redactora del «The Chicago Fort», y ha preguntado cuatro veces por ti.

—Le he robado un saco lleno de castañas.

—¿Te las has comido todas?

—No. Me quedan algunas. ¿Quieres?

Cecil cerró la puerta y echó a correr por el pasillo.

—No, gracias; que te aprovechen.

Fremont llamó a la puerta «Norman Spencer» pon un puñetazo.

—¡Adelante!

Norman tenía la botella de *whisky* en la mano cuando el agente entró. Dijo, mirando con ojos encendidos a la redactora:

—¿A ver si recuerda quién fue el que pronunció ayer mismo esta frase que pasará a la Historia?: «Estoy de servicio, jefe». El que lo dijo, pronunció estas palabras cuando yo le ofrecí un vaso lleno de *whisky*.

—A ver, a ver —Edith pareció reflexionar, diciendo al fin como si se diera por vencida—: No caigo, jefe. Quienquiera que lo dijese es un héroe.

Fremont se apoyó de espaldas en la puerta, tragó saliva y miró los dos largos cristales de la ventana.

Norman y Edith bebieron un sorbo de licor y el primero asintió con voz chillona:

—Sí. Rompieron el de la izquierda —abrió un cajón de la mesa y extrajo una piedra—. Lo hicieron con este bombón. ¿No se lo explicó Edith?

El agente no hizo ningún movimiento. Ponderó:

—¡Buen tirador! Apuntar con una piedra desde la calle y acertar en una ventana determinada de una fachada que está llena de ellas, es una proeza.

Alguien golpeó la puerta del despacho, empujando vigorosamente sin obtener permiso del jefe para entrar.

Fremont fue empujado hacia el centro del despacho y enarcó las cejas al ver a Cecil con cara ingenua avanzando hacia el interior.

—Le traigo una carta urgente, jefe.

—Urgente o no, no vuelva a entrar sin que yo le dé permiso para hacerlo —gruñó Norman, recogiendo un sobre cerrado—. ¿Estamos?

—Bien. Lo tendré en cuenta para lo sucesivo.

Cecil guiñó un ojo a su compañero. Al salir musitó:

—¡Suerte, víctima!

—Hagamos una apuesta, jefe —dijo de pronto Edith muy seria, cuando la puerta se hubo cerrado.

—No estoy para apuestas.

—Como quiera. Iba a decirle que adivino lo que contiene este sobre.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Dígallo.

—Son letras de periódico pegadas a un papel, combinadas de tal forma, que dicen que no se molesten en buscar el cadáver de Morton Glass. Terminan con una segunda amenaza para mi integridad física.

—¿Y cómo lo sabe?

—No lo sé, lo intuyo. Ya conoce lo que se dice de la intuición femenina.

Fremont intervino en el diálogo y sus palabras, ante su propia extrañeza, merecieron la aprobación de Norman.

—Más que amenaza, yo diría que nos participan que la han sentenciado a muerte por fisgona y charlatana.

Una leve palidez cubrió el semblante de la joven. Norman abrió el sobre, recorrió la cuartilla con los ojos y se la entregó al agente.

—Esta vez ha ganado usted —reconoció de mala gana.

Fremont no hizo nada para ocultar el papel cuando Edith se colocó a su lado y leyó al mismo tiempo que él:

«Es inútil que busquen el cadáver del ingeniero Morton Glass. No lo encontrarán, así como, dentro de poco, tampoco encontrarán el de Edith Jakoukof, que está condenada a muerte desde este mismo instante.

»Koulema».

El agente ladeó la cabeza. Su aliento y el de la joven se confundieron.

—Se apellida Jakoukof, ¿eh? —observó como si la acusara de algo.

—Sí. Mis padres eran fineses.

—¿Y usted no?

—¡Yo soy norteamericana!

Fremont recorrió muy despacio la distancia que le separaba de la mesa de Norman, quien a su vez se puso las manos a la espalda y se dirigió a la ventana, donde permaneció contemplando el tránsito de la calle, pero sin ver nada.

El agente alargó la mano hacia un periódico desplegado sobre la mesa.

—¿Puedo echarle una ojeada al *The Chicago Port*, jefe?

—Haga lo que quiera.

En el despacho reinó un silencio de cementerio mientras Fremont leía el reportaje de Edith en el cual figuraban los nombres de Fred Tyner, Herbert Lloyd y Morton Glass, relacionados con su labor en beneficio de la defensa del país. Terminaba con una velada acusación contra determinado país europeo, si bien no lo nombraba.

—Esto es una inmundicia —declaró el agente soltando el periódico—. Además de una inmundicia es como si su autor hubiera firmado su propia sentencia de muerte.

—Hay policías en Chicago, ¿no? —saltó la joven—. Y este Departamento sirve para muchas cosas, una de ellas proteger la seguridad del país, la de los ingenieros, periodistas y demás ciudadanos que colaboran con las autoridades locales, estatales y federales.

El jefe del Departamento se volvió de pronto hacia su subordinado.

—¿En qué empleó su tiempo ayer desde que salió de este despacho?

—En esquivar la bala de un rifle con silenciador disparada contra mí desde la parte posterior de un automóvil —el agente agregó secamente—: Lo hicieron poco más o menos cuando la piedra rompió ese cristal, según me ha contado esta... esta sabía.

—Bien. Ahora diga lo que hizo después.

Fremont se dirigió a la puerta. Sus mandíbulas tensaron la piel de sus azuladas mejillas.

—Existe una norma ética que se refiere a la reserva del trabajo de los investigadores, jefe.

—¿Qué dice esa norma que yo ignore?

—Que ningún agente está obligado a comunicar a sus superiores los detalles de sus investigaciones.

Los dos hombres se miraron a los ojos sin cordialidad.

—Eso no reza conmigo —estalló Norman.

El estallido del agente no cedió en energía al de su superior.

—Pida mi baja. Mientras no lo haga, seguiré investigando a mi manera.

La puerta del despacho «Norman Spencer» nunca, anteriormente, fue abierta y cerrada con tanta violencia.

Fremont salió del despacho con la frente llena de arrugas, los

puños crispados y el mentón levantado con aire de desafío.

Cecil, que se hallaba en el pasillo hablando con otros dos agentes, no se atrevió a dirigirle la palabra a su amigo. No obstante, dijo:

—Daría un día de paga por haber oído lo que el viejo le ha dicho a Fremont.

Uno de los agentes asintió, añadiéndole pimienta a la sal.

—Yo daría dos por saber lo que Fremont le ha contestado al viejo.

—Eso —declaró el otro agente.

Fremont no había estado inactivo el día anterior. Como un médico cualquiera, habíase recetado la medicina que creyó más conveniente en espera de la reacción de los acontecimientos. Esta reacción le llevaría al conocimiento de la verdad.

—Hemos partido de cero —murmuró—. ¿Puede exigírseme ningún resultado positivo careciendo como carecemos del detalle más insignificante?

Comprendiendo que necesitaba un sedante para sus nervios, se detuvo junto a la reja en forma de «U» de la casa situada a la izquierda del edificio del Departamento. Los transeúntes caminaban a diez o doce pasos de distancia detrás de él por el centro de la ancha acera.

—Ahora no me gustaría escuchar el «Vals Triste» —susurró.

—¿Dice que está triste? —inquirió a su derecha la suave voz de Edith.

Fremont se volvió rápidamente.

—Pregúnteme qué es lo que más odio en el mundo —exigió, convirtiendo su boca en un corte en los bajos de una cara cenceña.

Ella obedeció sin arredrarse.

—¿Qué es lo que más odia en el mundo, Fremont?

—¡Las mujeres charlatanas, los hipócritas, sean hombres o mujeres, y los embusteros!

Edith quiso calmarlo, alargando una mano con la intención de posarla sobre el brazo del agente.

—Guarde esa mano.

Fremont dio media vuelta, disponiéndose a dirigirse a la entrada posterior del Zoo, pero de repente pensó algo, deteniéndose y volviendo la cabeza.

—Me extraña que el jefe la haya dejado salir del despacho —observó.

—No me ha dejado salir —replicó ella dulcemente—. Me he escapado mientras él salía del despacho diciendo: «No se mueva de aquí. Voy a dar órdenes para que le arreglen una habitación».

—Vamos. Su sitio está en esa habitación que le ha preparado el viejo. Andando.

La prendió por una muñeca y tiró de ella sin compasión.

—¡Suélteme! —Se resistió Edith.

—Sígueme y cierre el pico, o como hay Dios que le arreo un sopapo.

—¡Me hace daño!

Un transeúnte muy alto, fornido, tan cejudo que apenas se le veían los ojos, pequeños y hundidos, se detuvo detrás de la pareja.

—¿La está molestando este tipo, *miss*?

Edith observó con el rabillo del ojo que también otros hombres y algunas mujeres se detenían detrás de ellos.

—Verá. Yo...

El desconocido no admitió explicaciones.

—Tengo un remedio infalible para curar a tipos de esos que se comportan como si habitáramos en la selva —cortó lo que Edith estaba diciendo.

—Me gustaría conocerlo —intervino Fremont, tenso, deseoso de movimiento.

—Es este...

El cejudo no lo vio, pero en cambio sintió como el puño que acababa de lanzar hacia la barbilla del agente le era retorcido hacia atrás.

A continuación sintió la rara impresión que se experimenta cuando queremos andar con las manos y bracear con los pies.

Terminó comprobando la resistencia de su cabeza cuando ésta golpeó el piso de la acera.

Permaneció tendido, con la boca pegada al pavimento, hasta que varias manos se inclinaron solícitas hacia él.

Mientras tanto, la persiana de una de las ventanas de la casa frontera se entreabrió, volviendo a cerrarse al instante.

—¿Le han roto algo, amigo?

—¿Qué le duele? Desde luego el batacazo se ha oído en Boston.

—¿Dónde... dónde está él...? —tartajeó el caído, ladeándose.

—¿Quién? ¿Ese tipo tan erguido que le ha tumbado en menos tiempo del que yo tardo en estornudar? Hace ya siete horas y unos minutos que ha entrado en el Zoo en compañía de una escultura de carne palpitante. ¡Y qué escultura!

En el interior del Zoo, Fremont preguntaba mientras tanto:

—Tenía necesidad de mover los puños. ¿Quiere explicarme por qué ha intervenido?

Edith estaba muy seria.

—Estábamos a dos pasos de la entrada del Departamento. No me pareció bien que interviniera en una riña callejera y el jefe se enterase.

—¡Al cuerno con el jefe!... ¡Al cuerno con usted! ¡Al cuerno con...!

Fremont se alejó de su lado, mezclándose con la animada multitud entre la que predominaba la chiquillería.

De repente se detuvo, interceptando el paso a los que le seguían.

—¡Déjenme pasar! —exclamó, retrocediendo.

—¿Hay fuego en su casa?

—Sí. ¡Paso! ¡Paso!

El agente acababa de pensar en la amenaza de muerte que pesaba sobre la reportera.

Accionó los hombros y los brazos sin cesar de pedir excusas.

—Lo siento. Lo siento. ¡Paso!

La joven se hallaba de pie en el mismo lugar donde él la había dejado.

—Sabía que retrocedería al pensar en mí, Fremont —dijo con sencillez, pasándole la mano por el brazo.

—Es extraño que todavía no la hayan matado.

El agente examinó a los que les rodeaban y la arrastró hacia un camino que nacía a la derecha de la entrada.

—¿Siente curiosidad por los tigres? —inquirió ella.

—Los odio.

—Entonces torzamos por aquí. Me gusta contemplar el vuelo de las águilas, el reptar de las boas y las gracias de los monos.

—Cállese y sígame —Fremont estaba pensando. Terminó musitando—: ¿De qué conozco yo a ese tipo cejudo tan alto?

Llegaron, siguiendo la riada de visitantes, junto a una jaula

doble, con gruesos barrotes de separación, donde un enorme tigre de Bengala se hallaba tumbado con la cabeza pegada al compartimiento de la hembra, algo más estilizada, pero igualmente temible.

—¡Qué horror! —exclamó Edith con el deseo de reanudar la conversación—. Debe ser espantoso encontrarse en la jungla con uno de estos gatos.

—Los hay peores y no precisamente en la jungla.

Hubo un momento en que quedaron solos delante de las jaulas. Fremont se agachó para recoger una piedrecita y se la arrojó al macho, el cual abrió los grandes y crueles ojos y gruñó sordamente.

El agente buscaba desahogarse. Por otra parte, odiaba a aquella fiera.

—¡Más! ¡Más! Quiero que rujas como lo has hecho varias veces, crispándome los nervios. ¡Toma, bestia inmundal

La segunda piedra, algo mayor que la primera, golpeó las fauces de la fiera, la cual se levantó al tiempo que lanzaba un rugido.

—¡Huyamos! —dijo Edith—. El encargado ha vuelto la cabeza hacia nosotros y, aunque no le ha visto arrojar la piedra, puede entrar en sospechas, y le aseguro que es un gigante con cara de hipopótamo.

Fremont obedeció de mala gana. Sus ojos y los del tigre se encontraron fugazmente, repeliéndose.

—Como vuelvas a rugir como lo haces algunas veces, no faltará un alma caritativa que te dé la píldora, mala bestia —lo amenazó.

El carnicero torció la cabeza y entreabrió la boca, mostrándole a su enemigo, el hombre, unos colmillos de unas dimensiones aterradoras.

Mientras se alejaban de la jaula, la redactora dijo con desagrado:

—No sabía que fuese tan cruel.

—Y no lo soy, pero odio los rugidos de esas fieras... y los chillidos de las mujeres histéricas.

—¿Sería capaz de envenenarlas?

—¡Y lo haré!

—¿A los tigres, o a las mujeres histéricas?

—El tiempo lo dirá.

Pasaron junto a la jaula de un chimpancé y Edith recibió un susto de muerte cuando uno de los antropoides la agarró por un

brazo.

—¡Protéjame, Fremont!

La muchacha palideció intensamente. Su acompañante retiró la mano del animal y le dio un metido en los hocicos.

—¡Las manos en los bolsillos, caricatura de hombre!

El color volvió al semblante de Edith y el incidente provocó la risa de algunos espectadores infantiles, cosa que obligó a la joven a alejarse avergonzada.

—Soy muy cobarde —declaró, temblándole la mano con la que asía el duro brazo de Fremont.

Por primera vez desde que se conocían, él se sonrió.

—Lo que le pasa es algo parecido a lo que nos pasa al viejo y a mí.

—No me diga que usted tiene miedo.

—Pues lo tenemos.

El cuerpo de Edith pareció buscar la protección del agente.

—Usted no sabe lo que es miedo, pero yo estoy muerta y de esta enfermedad que se mete en el corazón, se extiende a los sentidos y termina paralizándonos.

—No debió moverse del despacho del jefe.

—Necesitaba estar al lado de usted, Fremont.

Se miraron a los ojos.

—Si espera que esta vez le diga lindezas...

—¡No! —cortó ella, verdaderamente asustada—. Necesito su protección.

—Bueno. Pero tendrá que obedecerme en todo. Estoy siguiendo un hilo, y hasta que lleguemos al ovillo del asunto, habrán de pasar muchas cosas... malas para todos nosotros.

CAPÍTULO III

Un hombre moreno, de cuello grueso y corto, y pómulos salientes, encima de los cuales había dos hendeduras pequeñas, negrísimas y vivas, se llevó a los labios un largo cigarrillo oriental.

—Te conviene decir todo lo que sepas de Fremont Tolles, Stan —exhortó al prisionero.

—El barman, rubio, de mediana estatura y grueso, no se dejó impresionar por el ambiente de misterio que reinaba en la lujosa pieza.

—No sé nada que se refiera a ese caballero. Y le advierto, rey del mundo, que aunque lo supiera no diría nada.

Una rubia platino de ojos extrañamente claros y cuerpo ondulante enfundado en un largo vestido de moaré oscuro, montó la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y su larga boquilla de ámbar desfloró la roja unión de sus labios, gruesos y rojos.

Cuatro hombres de pie detrás de la pareja, entre la cual se hallaba el barman con las manos atadas a la espalda, descruzaron los brazos.

Eran morenos los cuatro; dos de ellos de cuerpo flexible, altos, acerados; el tercero era altísimo, ancho, de miembros abultados y cejas muy pobladas y largas; el cuarto, de estatura, corpulencia y aspecto común, tenía cierto parecido con John Mundo: cara, tipo y conjunto semejante a unos quinientos millones de habitantes terrestres.

—Hacedle cosquillas —ordenó fríamente el personaje, que, como la mujer, se hallaba sentado en un ancho sillón en el centro de la pieza.

La mujer insinuó sin quitarse la boquilla de la boca:

—Puede chillar.

El barman estoniano se sintió agarrado por detrás por el hombre de estatura gigantesca, mientras el más bajo salía de la pieza y

reaparecía momentos después portando una cajita de laca.

—¡Las piernas! —ordenó éste.

Los dos hombres altos y flexibles, de movimientos felinos, se apoderaron de las piernas del estoniano, el cual comprendió que sería inútil toda resistencia.

—Le advierto, gran canalla... —empezó a protestar.

El hombre de aspecto corriente lo amordazó. Minutos después daba comienzo la tortura, la cual consistía en acercar a las plantas de los pies del barman dos barras de acero previamente enrojecidas en un hornillo eléctrico.

El cuerpo de Stan sufrió una terrible convulsión y su cara se amorató.

—Cuando tengas bastante, levanta la cabeza —dijo el personaje—. Adelante con las cosquillas, Ivan.

Las plantas de los pies del desgraciado estaban en carne viva. El hombre de talla gigantesca le impedía todo movimiento, en tanto los otros dos mantenían rígidas las piernas del estoniano y tenían las cabezas ladeadas como si no pudieran resistir el penetrante olor de la carne quemada.

La mujer se removi6 en la silla. Daba la impresión de estar experimentando un placer morboso.

—¡Más! ¡Más, Ivan! —exclamó.

Tuvo una decepción cuando el torturado levantó la cabeza e hizo rápidos movimientos.

—Quítadle la mordaza —ordenó el hombre del cuello de toro.

Stan lloraba de rabia cuando al fin confesó:

—Sé que su madre habita en una casa solitaria de las afueras de Evanston... ¡Y ahora ordene que me suelten, señor!

—Habla. Todavía sabes más de él. Mucho más. Fue tu oficial en Filipinas y te proporcionó el empleo en el bar durante un tiempo en que nadie daba trabajo a un extranjero.

—Es una casa pintada de verde. La última a mano derecha antes de penetrar en la ciudad. ¡Por Dios! ¡Basta de martirio, señor!

—Continúa.

—Su madre es una mujer muy rica... ¡Ordene que me suelten, fiera!

—Sabes mucho más, Stan. Me consta que conoces muy bien a Fremont, al que debes muchos favores.

—¡No diré nada más aunque me maten!

El gigante tapó la boca de Stan mientras Ivan le hundía la barra de acero candente en las llagas de las plantas de los pies.

El dueño de la casa alzó una mano y el tormento cesó por segunda vez.

—Ahora descansaremos un momento, Stan. Uno de mis hombres seguirá tus indicaciones y dibujará la casa con todas las entradas, habitaciones, rincones y todo cuanto recuerdes.

—¡Por su vida, señor! ¿Ordenará que me suelten?

—Sí, Stan. Obedece y prometo que ya no sufrirás más.

Un cuarto de hora más tarde, Stan, sentado en una silla y haciéndose sangrar el labio al mordérselo para no gritar a causa del dolor que sentía, dejó caer la cabeza sobre el respaldo.

—Este hombre no dirá nada más. ¿Qué hacemos? —inquirió el gigante.

—Calzadlo. Hacedlo sin prisa. Nadie ha de saber que le habéis hecho cosquillas. ¡Puf! ¡Cómo apesta esto!

Stan pataleó cuando le pusieron los calcetines y le hundieron los zapatos en los pies. Terminó perdiendo el conocimiento.

—¿Y ahora? —inquirió el torturador Ivan.

—Llevallo a la carretera. Que las ruedas del coche le pasen por encima del cuerpo, procurando no tocarle la cara. Quiero que lo identifiquen sin ninguna dificultad.

—Bien. No tendrá queja de nosotros.

Los cuatro hombres se llevaron el cuerpo desmadejado del estoniano hacia la parte posterior de la casa donde existían unos solares abandonados. Lo subieron a un automóvil y éste arrancó a gran velocidad.

En el interior de la casa la mujer observó cuando quedó a solas con el hombre corpulentísimo, frío, de unos cuarenta y cinco años:

—Todo eso está muy bien, Alfred; pero ¿puedes decirme cómo conseguiré pasar los planos?

—Éste no es asunto de mi incumbencia, Jana. Tengo la orden de apoderarme de los planos de los depósitos subterráneos de bombas atómicas. Lo de pasar la frontera por aire, mar o tierra, es asunto que habrás de resolver tú.

—Ya tenemos tres, cada uno de ellos distinto del anterior. ¿De qué nos servirán, puesto que los yanquis los anularán?

—Eso tampoco es cosa de mi incumbencia... Ni de la tuya. Lo único que te puedo decir es que los tres planos que tenemos en nuestro poder señalan los mismos puntos y una idea general del Gobierno de los Estados Unidos de construir los depósitos en esos países con los que han firmado un acuerdo de ayuda mutua.

Era sábado, hacía un mes que había desaparecido el ingeniero Fred Tyner, cuando el agente Fremont, del
N. S. B.,

se detenía ante el tobogán del depósito de cadáveres.

Se encendió una luz roja en un recuadro eléctrico enclavado en la pared y sonó un timbre.

Con una rapidez que dio escalofríos al agente, por el tobogán de zinc descendió un cadáver envuelto en una sábana.

—Éste es el fiambre —dijo un sargento de policía con voz ronca.

—Quítele la sábana, sargento.

El sargento se dispuso a obedecer, pero un médico le tomó la delantera.

—No toquen nada, amigos. Ustedes son los amos de la calle, junto a los vivos; nosotros mandamos aquí, en la mansión de la muerte.

El agente secreto y el policía miraron al médico, joven y flemático.

—¿No ha observado que el doctor es un poeta? —preguntó el primero.

—No nos impresionan los muertos, amigo —declaró el sargento, mirando al forense.

—Doctor, si le es igual...

—Decía, doctor, que...

—Le he oído, sargento. Pero no se trata de que les impresionen o no los muertos; sino que nosotros los médicos somos los responsables de ellos en esta santa casa.

—Tengo prisa —declaró Fremont—. Quítele la sábana, doctor.

Cuando retiraron la sábana del cadáver, el agente sintió que se le removía el estómago.

Acababa de hacer una comprobación que le produjo un estremecimiento.

Los lazos de los cordones de las botas de Stan estaban hechos torpemente, y el estoniano había sido marinero, es decir, un hombre

hábil en hacer lazadas, ataduras y nudos.

—¿Ninguna violencia sospechosa? —inquirió con voz ronca.

—Nada. Aplastamiento general de la caja torácica, con desgarros en el corazón, el hígado, los riñones, los...

—¿Está seguro de que no ha descubierto en él ninguna violencia sospechosa, doctor? —insistió el agente.

El forense se cruzó de brazos.

—El mundo iría mejor si cada uno se preocupara de sus propios asuntos —dijo sentenciosamente.

Fremont examinó compasivamente el cadáver del pobre *barman*.

Súbitamente recordó Malolos, San Isidro, Tarlac y Luzón al norte de Manila, donde Stan había luchado como un valiente. Dijo con voz gutural:

—¡Basta! —Se volvió hacia el policía—. Nadie, vivo o muerto, está desnudo del todo mientras va calzado. No ha debido olvidarlo, sargento. Usted menos que él, doctor.

Como haciendo una concesión, el joven médico sacó el zapato derecho del cadáver. De repente se puso rígido y empalideció.

—¡El otro también! —gritó Fremont.

Cuando los zapatos y los calcetines cayeron al suelo, el agente miró por turno al sargento y al forense. Remedó la voz de éste al decir:

—En efecto. El mundo iría mejor si cada uno se preocupara de sus propios asuntos. ¡Este hombre fue atormentado antes de ser arrojado al centro de la carretera y arrollado por el automóvil que seguramente lo trasladó al lugar del crimen!

La redactora del *The Chicago Port* aguardaba a Fremont en una sala de espera inmediata al depósito.

—¿Bueno? —inquirió al verlo.

—Asesinato. Lo han atormentado antes de matarlo, dándole la apariencia de un vulgar atropello... Creo que yo tengo algo que ver indirectamente en ese asesinato.

Edith se llevó las manos a la boca para contener el grito que estuvo a punto de escapársele de la garganta.

—¿Por qué... por qué lo han hecho, Dios santo?

Fremont tuvo un pensamiento que le hizo estremecerse de pies a cabeza. Dijo como si expresara con palabras sus pensamientos:

—Stan no tiene familia y sus únicos amigos son los auxiliares

Dewey y Waldo. Era un muchacho muy reservado, pero era amigo mío y habrán visto que todos los días hablábamos durante cerca de una hora: por la mañana, cuando me servía el desayuno; al mediodía, después de la comida; y por la noche, antes de acostarme.

Los grandes ojos de un brillante azul turquesa de la redactora se fijaron en los claros y límpidos del agente.

—¡Santo Dios, Fremont! ¿Qué es lo que supone?

—En eso que está usted pensando, reina del periodismo.

El agente examinó los temblorosos labios de la joven, rojos, bien dibujados, tentadores. Agregó:

—Ahora que estamos condenados a muerte los dos, ¿qué tal si me tutearas y me dieras un beso? Necesito un calmante. Bueno, tú me entiendes.

No aguardó a que ella le diera su consentimiento. Miró detrás de él y al ver que estaban solos y no se oía ruido de pasos en el pasillo,ladeó la cabeza y unió sus labios a los de la redactora de la página sensacionalista del periódico de más tirada de Illinois.

—Lo que yo suponía —dijo apreciativamente—. ¡Miel pura!

Antes de que ella saliera de su asombro, la tomó por una mano y se encaminaron a la salida.

—Esta misma noche te presentaré a mi madre, Edith. Permanecerás a su lado hasta que se le vea una salida a este laberinto.

—Háblame de ti, lo que piensas hacer ahora.

—Yo soy un hombre y mi deber me retiene en Chicago.

—Mi trabajo en el periódico...

Él se paró seco y la examinó con calculada fijeza.

—Sígueme. Quiero que veas algo que no olvidarás mientras vivas y que, sin embargo, te hará olvidar tus famosos reportajes.

Regresó a la ancha sala del tobogán, se detuvo en la puerta y ordenó:

—Cubran medio cadáver. Tenemos una visitante del otro sexo.

Asomó la cabeza al interior y comprobó que Edith podía ver lo que un cadáver masculino puede mostrar a una redactora que cultiva el sensacionalismo.

—¡Vamos, mira! —la empujó hacia el interior.

Edith había empalidecido, pero aparte de esto no demostró lo que sentía a la vista de aquel cuerpo destrozado.

Cuando la pareja salió del depósito, el sargento se pasó el dorso de una mano por la nariz.

—Tipo listo, ¿eh? —Miró al forense en espera de su contestación.

—Yo diría que lo es más que yo... —se interrumpió—. Y desde luego que usted.

—¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver en esto?

—Podía haber hecho la misma observación que él, ¿no? Si se da publicidad a esto, ya me veo limpiando coches en un garaje.

—Y yo, botas y zapatos en las puertas de las cafeterías.

Mientras tanto, al llegar a la puerta de la morgue, Fremont, examinó a los transeúntes y dirigió una mirada al «*Super Sports Dalmain*» que raramente sacaba del garaje.

—Primero tú, Edith —dijo.

Ella obedeció en silencio, atravesando la acera a buen paso.

Apenas hubo abierto la puerta delantera del vehículo, Fremont abandonó el portal, rodeó el coche por la parte posterior y montó en el lado del conductor.

—Baja la cabeza mientras arranco, Edith —añadió.

Antes de dar la vuelta a la llave del contacto, aguzó el oído. Repentinamente se convirtió en un manojo de nervios.

—¡Maldita sea!

Estiró el brazo derecho y se inclinó hacia los bajos de la separación.

Empleó dos o tres segundos en arrojar por la abierta ventanilla un envoltorio, girar la llave del contacto y entrar la primera velocidad.

Antes de que el potente automóvil inglés se alejara veinte yardas de la entrada del depósito de cadáveres, cercano al Plaines River, sonó una explosión horrrisona y el «*Super Sports Dalmain*» semejó un débil barquichuelo zarandeado por las olas del océano.

Fremont hundió el pie en el acelerador, tiró el volante hacia la derecha y enfiló la Avenida del Río.

—¿Me he merecido un segundo beso, Edith? —solicitó, exhalando un suspiro.

Inclinó la cabeza hacia la joven, le pasó una mano por la trigueña cabellera, cruzada por dos largas y profundas ondas, y ella le ofreció los temblorosos labios.

—No me desmayo, porque me da vergüenza —musitó Edith.

—Así me gusta. Que no se diga nunca que escribes bien, pero no sabes vivir lo que escribes, que es lo más difícil de todo.

Durante cinco minutos las ruedas y la carrocería del coche deportivo rechinaron y gruñeron. Al final de la carrera descendió la rampa de un garaje de la calle Veintitrés.

Fremont descendió del vehículo y se encaró con el encargado del garaje.

—Cambia el aceite, llena el depósito de gasolina y examina el agua destilada de las baterías, Monroe.

—¿De viaje, míster Tolles?

—Sí. Pero no mires al interior del coche. Ya sabes, llevo contrabando.

El encargado le guiñó un ojo.

—Ya... Comprendo. Le aseguro que no miraré.

—Toma. Esto te refrescará la memoria.

Monroe se quedó, además de ciego, mudo, en cuanto se refería al ocupante femenino del vehículo.

«¿Quién dijo que los agentes secretos no son hombres como los demás?», se preguntó.

Fremont se dirigió a grandes zancadas hacia la salida. Examinó la calle en todos los sentidos y torció hacia la izquierda, aunque al llegar a la mitad de la manzana se detuvo, volvió sobre sus pasos y pasó por delante del garaje sin detenerse ni mirar hacia el interior, por lo que no vio al taxi que en aquel momento descendía por la rampa.

Diez minutos más tarde acertó el paso y, luego de prenderle fuego a un pitillo, miró la entrada de la casa de la verja en forma de herradura y hacia las persianas de las ventanas.

—Esa casa me fascina —se confesó—. Quisiera saber por qué.

Se puso en la cola del «Bus-Stop» y dejó pasar su turno dos veces seguidas.

«Estoy muy alejado de la casa y de la pared del Zoo», se dijo ahora.

Salió de la cola y se aproximó a la casa cuya desierta entrada le atraía misteriosamente.

—¡«El Vals Triste»! —exclamó de repente.

Escuchó las notas del vals que le sugería estepas, lagos, árboles y

lejanía, todo ello triste y desolado como aquella misma casa.

—Ahora sólo faltaría que los tigres rugieran —masculló.

No tuvo que aguardar mucho. En el momento en que el tránsito era menos intenso, hasta sus oídos le llegó el rugido del tigre macho. Segundos después bramó la hembra y a Fremont se le puso la carne de gallina.

—¡Me gustaría matarlos a tiros! —volvió a decir.

Cruzó de nuevo la avenida por el paso de peatones y se encaminó en línea recta a la entrada del

N. S. B.

Subió a la primera planta y entreabrió la puerta de «Estupefacientes». Tras una ojeada al interior, dijo:

—Sal un momento, Cecil.

El simpático agente salió en mangas de camisa, a pesar de lo cual sudaba copiosamente.

—Si yo tuviera la mitad del dinero que tiene tu madre, gran Fremont —comenzó a decir el joven agente—, enviaría todo esto al diablo. Bien es verdad que el que no tiene sarna se rasca para darse la impresión de que la tiene. Cada día entiendo menos a ese animal llamado hombre.

—A propósito de animales. ¿Quién está de guardia esta noche, Cecil?

—El tuerto —Cecil cerró un ojo— no. Creo que le toca a Winston, el de «Secuestros». ¿Por qué la preguntas?

—¿Te gustaría pasar el fin de semana en... cierto lugar de la costa?

—Si me dices que habrá muchachas, comida y bebida, soy tuyo.

—Lo siento.

Fremont dio media vuelta.

—¡Espera, hombre; no seas tan súbito!

—Si te decides a acompañarme, dentro de diez minutos saldremos de aquí.

—Son las cinco y media, y hasta las siete no termino mi servicio.

—Le pediré permiso al viejo.

—¡Hum! Me huelo a... movimiento de piernas.

Fremont le miró fijamente.

—Tal vez lo haya, no quiero engañarte... ¡Ah! Si llega a haber movimiento, habrá algún viudo, huérfano, novio o hijo de menos en

el mundo. ¿Qué decides... contando con el permiso de tu novia?

—Ven a raptarme dentro de diez minutos, gran Fremont.

Éste se aclaró la garganta antes de llamar a la puerta del jefe del Departamento.

Segundos después entraba, y, como de costumbre, cerraba y se apoyaba de espaldas en la puerta.

—Me voy, jefe —comenzó a decir el joven.

Norman se recostó en el respaldo del sillón.

—Yo no le he dado de baja, Fremont.

El agente meneó la cabeza.

—Quiero decir que me voy a pasar el fin de semana con mi madre, jefe. Le daré recuerdos de parte de usted.

—¡Ah! —Norman exhaló un suspiro—. Aunque hoy es sábado y... ya sabe lo que puede pasar.

—Los ingenieros John Egan y Alton Hipple no están solos. Nuestros muchachos no les dejan ni a sol ni a sombra.

—En cambio Morris Harlan se ha dejado vencer por el miedo y ha desaparecido, Fremont. Ya sabe que es un vejete miedoso.

El agente se encogió de hombros.

—Allá él, jefe.

Norman inclinó la cabeza.

—Me pregunto si no hemos debido obligarles a los tres a permanecer aquí.

—¿Y la libertad y la democracia, jefe? Ya sabe, eso que los yanquis representamos con un águila parda en un círculo dorado con la inscripción: E PLURIBUS UNUM, que quiere decir, de diversos estados uno... libre.

—Sí, claro... ¿Qué pasa con Edith, Fremont?

—Vendrá conmigo. Pienso dejarla con mi madre.

—¿En Evanston?

—Sí.

Norman cambió de actitud y su frente se llenó de arrugas.

—Hay más de cincuenta millas hasta Evanston. Creo que no deberían ustedes salir de Chicago.

—Es que temo que mi madre, jefe... Contando son el permiso de usted, he solicitado la ayuda de la Policía. En estos momentos la casa de mi madre está vigilada desde lejos.

—No me diga que...

Fremont se dispuso a abrir la puerta del despacho.

—Sí, jefe. Al fin he tenido la suerte de saber que les estorbo y quieren quitarme de en medio. ¡Si viera cómo han dejado a un pobre soldado que sirvió conmigo en Filipinas!

—¡Pero, muchacho...!

—O me deja llevar este asunto a mi manera, o deme de baja en el servicio.

Norman se puso en pie.

—¡Considérese cesante, Fremont Tolles!

—¿Desde cuándo?

—¡Desde el lunes! Sabe tan bien como yo que hasta el lunes no puedo cursar la baja. Mientras tanto...

—Bien, jefe. Téngame al corriente de las novedades de Chicago. Puede telefonarme a la casa de mi madre.

—Mandaré que le detengan antes de salir de aquí...

Fremont salió dando un portazo y agarró por un brazo a Cecil, que le estaba esperando en el corredor.

—Andando, muchacho. De lo contrario, nos detendrán antes de transponer el umbral de la puerta.

CAPÍTULO IV

La entrada del edificio de la Oficina de Seguridad Nacional no se diferenciaba en nada de las otras inmediatas que componían aquel tramo de la gran avenida. En un momento dado, sin embargo, una puerta metálica caía de lo alto, sonaban los timbres de alarma con sordina y varios hombres con metralletas apuntaban hacia lo alto de la escalera central.

En otros casos, cuando el asunto no revestía tanta gravedad, dos antiguos luchadores del peso fuerte impedían la salida, si bien permitían la entrada a los visitantes.

Quedaba todavía un tercer caso, y era que los dos exluchadores vestidos de paisano impedían la salida de determinada persona cuyo aspecto o identidad les había sido comunicado desde el despacho «Norman Spencer».

En los tres casos se procedía rapidísimamente, sin que en la calle los transeúntes advirtieran ninguna anormalidad.

—Lo siento, agente —dijo uno de estos luchadores, enfrentándose con Fremont.

Éste se hizo el ignorante.

—¿Qué pasa, Waldo?

—Pues que no se pasa. Eso es, agente —el luchador accionó un pulgar—. Ordenes de arriba, ¿sabe?

El segundo luchador, cuyas espaldas llenaban la mitad del vacío de la puerta, examinó ingenuamente a Cecil.

—La hemos hecho buena, Fremont —dijo este último—. Si era éste el *week-end* prometido, no vas a tardar en oír lo que tengo que decirte.

—¡Calla!

Fremont les tomó la delantera a los dos luchadores y penetró seguido de su amigo en una habitación situada a la izquierda de la entrada.

—¿Y ahora qué, muchachos? —inquirió el encargado de la oficina de «Fission».

Waldo suspiró.

—Lo siento, teniente.

—¡Ya no soy teniente!

—Digo que lo siento, agente Fremont.

El de las espaldas ciclópeas señaló una puertecilla disimulada por un biombo. Cuando lo hubo hecho también lanzó un suspiro, musitando:

—Ya conoce el cuarto de las ratas. ¡Ay! La de cosas que ha de hacer un hombre para comer.

—Tú, Dewey, y tú, Waldo —Fremont los miró mientras pronunciaba sus nombres—, junto con el estoniano Stan, formabais el trío más valiente de mi sección. Sentaos y escuchad.

Los dos luchadores se sentaron detrás de una mesita central y se dispusieron a escuchar.

—Recuerdo como si fuera hoy el día de nuestra entrada en Luzón. ¿Lo habéis olvidado?

Waldo rememoró entusiasmado:

—Usted se batió cuerpo a cuerpo con aquel caballeroso y forzado oficial japonés. ¡No olvidaré nunca la llave de judo que inclinó la lucha a favor de usted, teniente!

A Dewey le refulgieron las pupilas.

—A usted le debemos nuestro ingreso en este Departamento, teniente. Dé una orden y andaremos de cabeza.

—Repito que ya no soy teniente.

—Agente Fremont —corrigió Dewey.

—Necesito salir de aquí, amigos. El viejo es íntimo amigo de mi madre y quiere evitarme un peligro, pero yo sé que el peligro será de muerte si no salgo inmediatamente de Chicago.

Los dos colosos se pusieron en pie, aunque no se movieron del lado de la mesa.

—Recuerde nuestro juramento, agente. Usted es nuestro superior, pero el jefe nos manda a todos. ¡Siempre las jerarquías interponiéndose entre las hombres que se quieren como hermanos!

Fremont había reservado para lo último lo único que podía decidir a los dos honrados auxiliares a cometer una transgresión.

—Muchachos; voy a daros una mala noticia. Vuestro compañero

Stan ha sido atormentado y por último arrojado como un perro muerto en medio de una carretera. Lo han rematado, convirtiéndole en pulpa, las ruedas del automóvil ocupado por los mismos que le atormentaron, que son también los que quieren acabar conmigo.

—¡Imposible, teniente! —estalló Waldo—. Ayer mismo estuve en el bar de Stan.

—Ha ocurrido hoy, amigo. Si vas al depósito de cadáveres y muestras tu credencial, te lo dejarán ver. Quizá me equivoque de camino, pero repito que los asesinos me han echado el ojo y quizá también a mi madre.

Fremont se encaminó a la puerta, confiando que con la noticia que acababa de darles los dos hombres habrían quedado anonadados y no se opondrían a su salida.

Se equivocó. El sentimiento del deber se impuso.

—¡Alto, teniente!

Dewey quiso rodear la mesa y Fremont tuvo que apelar a un postrer recurso.

—¡Estúpidos!... Échame una mano, Cecil.

Se agachó y agarró las patas de la mesa, la cual volcó sobre los dos luchadores. Éstos cayeron con estrépito.

Cecil le gritó, pisando una mano de Dewey, que fue el primero en querer levantarse:

—¡Lárgate, Fremont! Necesitabas una víctima y ya la tienes. Ya verás qué bien hago de saco de arena con estos monstruos.

—De acuerdo. A cambio de este favor yo te haré otro mayor... Aunque creo que me maldecirás por habértelo hecho.

Fremont abrió la puerta de la habitación y salió sin apresurarse. Segundos después pisaba la acera de la entrada y aceleraba el paso, haciendo señas a un taxista, que detuvo el vehículo un poco más lejos de la puerta del Departamento.

—Lléveme volando al número 122 de la calle Veintitrés. Hay una buena propina para usted si aprieta el acelerador —dijo el agente.

—¡Pero si ese número está a la vuelta de la esquina como si dijéramos! —sonrió misteriosamente el chofer.

—Obedezca y no le pesará.

Fremont no vio que un coche largo, de color oscuro, atravesaba la avenida. En cambio vio a través del retrovisor la cara juvenil, de

ojos brillantes, del taxista, el cual preguntó:

—¿Es usted policía?

—No.

—¿Algo oficial?... Así como agente del

F. B. I.

o algo por el estilo.

—Suponga que le he contestado que sí. ¿Por qué le interesa saberlo?

—Porque yo me piro por las películas de *gangsters*.

—En cambio yo hace seis meses que no voy al cine. Hunda la punta del pie, amigo.

El chofer aceleró y pasó a un autobús con tanta precisión que un guardabarros del mismo, lamió el parachoques posterior del taxi.

Fremont protestó.

—Oiga. Le he dicho que se apresurara, pero no que se jugara mi vida.

—No, ¿eh?

—No, señor.

—Suponiendo que usted sea un agente del

N. S. B.

—cosa que creo por su pinta y porque le he visto salir del Departamento—, yo estoy demostrando tener más pupila que usted. Eche una ojeada donde ahora tiene el cogote.

Fremont obedeció y sintió frío en la espalda. Les seguía un automóvil moderno, potente, largo, igual en todo a aquel del cual había partido la bala que estuvo a punto de hacer blanco en su cabeza.

—Cambie de dirección y ensalívese los dedos para contar los billetes que pienso darle al final de la carrera, taxista —apremió—. En otro momento hablaremos de su ingreso como auxiliar del

N. S. B.

—De eso quería hablarle, jefe; pero comprendo que éste no es el momento más apropiado.

El chofer torció el volante hacia la izquierda, sorteó a dos turismos y embistió a un gran camión. Cuando el choque parecía inevitable, el taxi penetró en una callejuela, la recorrió como una bala de un extremo al otro y se lanzó a toda velocidad por la carretera de Gary.

—No se aleje mucho, Jim —dijo el agente.

—No me llamo Jim, míster Tolles, sino Wayne, Wayne Orton, para servirle —ahuecó la voz—, pues por algo me ha pagado una mujer más guapa que una reina de esas de las películas de mi tocayo John, aunque no estoy seguro de que un nombre y un apellido iguales sean tocayos.

—¡Hola!

—Sí, míster Tolles. Yo entraba en el garaje donde encierra su bólido, poco después que usted hube salido. Tuve tiempo de verle, y como usted tiene un tipo así tan poco corriente...

Media hora después, dando las más extrañas vueltas inmediatas al Zoo, el taxi descendía la rampa del garaje del número 122 de la calle Veintitrés.

Minutos más tarde el «*Super Sports Dalmain*» salía a la calle cuando las primeras luces artificiales sustituían a las del astro diurno.

En el interior del garaje el encargado y el taxista se miraban y miraban los billetes de Banco que retenían entre sus dedos.

—Dime, Monroe —preguntó el taxista—. ¿Han cambiado la fecha de la festividad de los Reyes Magos?

—Eso parece, Wayne.

Entretanto, el gran coche inglés devoraba la cinta asfaltada de la carretera de la costa.

Si Fremont se hubiera hallado en aquellos instantes en su despacho de «*Fission*», se habría estremecido al percibir a intervalos, cuando la intensidad del tránsito en la avenida disminuía, la melancólica música del «*Vals Triste*» mezclada con los rugidos de los tigres de Bengala del Zoo fronterizo.

Alfred Pusky y Jana Lewis volvían a estar reunidos en la sala de estar de la casa rodeada por una verja en forma de «U» de la avenida del Zoo, inmediata al edificio de la Oficina de Seguridad Nacional.

La escena volvía a ser casi la misma de la semana anterior.

El torturador Ivan, de ojos glaucos; el gigantesco y cejudo Ledger; los gimnastas Andrew y Lumber, altos, flexibles; todos ellos estaban silenciosos, en una actitud expectante.

El dueño de la casa apenas movió los labios al hablar. Sus palabras hicieron correr algo helado por la medula de los cuatro

subalternos.

—La casa de la madre de Fremont, en Evanston, es un hormiguero de policías. Os proporcionaré una nueva oportunidad para acabar con él, pero os advierto que será la última —dijo—. Ese agente debe desaparecer si no queréis desaparecer vosotros. Da la impresión de que no se mueve y está ciego, pero me consta que no es así y sabe muchísimo más de lo que aparenta.

—¿Puedo hablar? —pidió el que podía pasar inadvertido entre mil hombres.

La contestación de Alfred fue como un latigazo; sin embargo, su acento siguió siendo glacial, invariable.

—No. Bastará con que escuches, que escuchéis todos. Fremont es un agente muy inteligente. ¿Recuerdas lo que pasó hace un año, Ledger? La primera vez te dio por muerto, la segunda, hace tan sólo unos días, te dejó tendido en el suelo junto a la verja de esta casa.

El gigante se pasó el dorso de la diestra por una mejilla.

—Lo recuerdo —gruñó.

—Repite lo que pasó hace un año para refrescarles la memoria a éstos.

—Ya se lo he contado todo.

—Repítelo. Lo único que puedes suprimir en la explicación es lo de la operación de cirugía estética que te hicieron para curarte las heridas.

Ledger descruzó los brazos.

—Habíamos convencido al científico Franz Simmons, que fue quien sustrajo los planos del último ingenio atómico, y se disponía a seguirnos al aeródromo, cuando un coche lleno de policías al mando de Fremont nos cortó el paso —comenzó a decir.

—No te detengas —exigió el dueño de la casa—. Cuéntalo todo.

—Franz Simmons fue capturado vivo junto con los planos. Cuatro de los nuestros resultaron muertos y yo pude escapar malherido de la morgue después de haberme fingido tan muerto como los otros.

—Ahora tú, Ivan —dijo Alfred sin mover un solo músculo de su cara—. Háblales de la redactora del *The Chicago Port*.

El torturador se aclaró la garganta.

—Esa mujer se fingió borracha y me dijo al oído al detenerse a mi lado junto a la barra del bar de Stan: «Le he visto vigilando la

casa de los ingenieros Herbert Lloyd y Fred Tyner. ¿Piensa secuestrar a esos ingenieros, amigo?».

—Termina —ordenó Alfred.

—Quiso hacerme hablar, pues sospechaba de mí... Tuvimos que apresurar los acontecimientos.

El personaje de pómulos salientes, cuello grueso y ojos pequeños y negrísimos, se volvió hacia los dos gimnastas.

—¿Estáis seguros de que Fremont y Edith no os reconocerían si os volvieran a ver después de vuestro fracasado intento de despachar a la redactora?

Andrew sacudió la cabeza con energía.

—Fingí estar borracho y ser un jorobado, un tipo pequeño, encanijado.

Alfred miró ahora a Lumber.

—¿Y tú?

—Yo también me fingí borracho. Fremont, que había bebido mucho aquella noche, creyó estar viendo visiones al ver a dos tipos tan parecidos, borrachos y jorobados los dos, enfrente de la redacción del *The Chicago Port*.

—El agente y la redactora todavía están vivos y pueden darnos un disgusto —replicó duramente el impresionante personaje.

—La chica es muy lista y nunca va sola.

—En cuanto a Fremont...

—Silencio. Entra a esa pareja, Ivan —ordenó Alfred.

El torturador dio media vuelta y se apresuró a salir de la pieza. Los otros tres retrocedieron, mirando hacia la puerta.

La sugestiva Jana aproximó la punta del cigarrillo a la llama del mechero que le ofreció Alfred. Luego introdujo el pitillo en la larga boquilla de ámbar y lanzó una bocanada de humo azulado al techo.

—Ahora viene la escena desagradable —observó sin obtener contestación.

Un hombre pequeño, derrotado, de espaldas encorvadas y con un miedo insuperable reflejado sin recato en su semblante, el cual llevaba las manos atadas a la espalda, entró en la pieza seguido por una mujer pequeñita, asimismo maniatada, pero con la cabeza erguida y mirando con desafío a la pareja sentada en el centro de la habitación.

—¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó el hombrecillo

pasándose la lengua por los exangües labios.

—Usted es el ingeniero Morris Harlan, según tengo entendido.

—Sí, señor.

—Ni en su persona ni en su domicilio hemos encontrado lo que buscábamos. Sea complaciente con nosotros y cuando su esposa y usted salgan de aquí tendrán dinero suficiente para vivir el resto de sus días en... el Oeste si lo desean.

—Ser complaciente, Morris —intervino con decisión la pequeña mujer—, quiere decir ser traidor. ¡Prefiero la muerte a saber que has traicionado a tu patria!

—Calla, Ellen. Se trata de un asunto de vida o muerte, y los Estados Unidos no serán destruidos porque yo facilite los planos de un depósito subterráneo de bombas atómicas que aún no se ha construido.

—¡No quiero callar! —La mujer se esforzó por desprenderse de las ligaduras, terminando mientras miraba con desprecio a su marido—: ¡Cobarde! No quiero pensar en lo que dirían nuestros hijos al ver que su padre no sabe morir como un hombre.

La escultural mujer de la boquilla de ámbar sugirió en voz alta:

—No conseguiremos nada de ese hombre mientras ella...

Se interrumpió, pero el movimiento de su boquilla fue muy significativo.

Alfred asintió a la muda interrogación del gigante.

—Adelante con ella —dijo.

Entretanto, como si adivinara su próximo fin, la anciana miró con menos severidad al ingeniero y le dedicó una sonrisa desvaída, la última de su vida.

Ledger se le aproximó por detrás, la sujetó fuertemente y alzó un puño enorme, huesudo, cuyos nudillos se blanquearon al ser crispados.

El puño cayó como una maza sobre la cabeza de la mujer. No llegó a derrumbarse porque él la seguía sosteniendo.

Antes de que el ingeniero pudiera despegar los labios, uno de los gimnastas le torció los brazos hacia atrás y le hundió la rodilla en las espaldas, dejándolo sin aliento.

—¡No me maten! Hablaré... ¡Les entregaré los planos!

Ellen fue sacada de la habitación sin que el ingeniero lo observara.

—Mi... esposa —balbució el hombrecillo presa de un pánico mortal—. ¿La ha... la han matado?

—No. Dentro de un rato volverá en sí. Sólo la he dejado atontada para que no hablara, cosa que, como sabe, es el gran defecto de las mujeres.

—¿Lo jura? Repita que está viva.

—Cuando yo se lo digo... Bueno, hable. ¿Cuánto tiempo necesitará para anotar todos los datos, los puntos donde habrán de ser construidos los...?

—Todo está anotado y en regla. Si me asegura que puedo confiar en ustedes...

—Tiene nuestra palabra.

El ingeniero Harlan se levantó las perneras del pantalón, mostrando las piernas, más gruesas de lo que su escasa corpulencia permitía suponer.

—¿Juran que nos dejarán marchar a los dos y me gratificarán? —preguntó con voz desmayada.

—Desde luego.

Minutos después las dos piernas del ingeniero habían experimentado un adelgazamiento muy explicable y Alfred y Jana, que no habían hecho un solo movimiento para levantarse de sus asientos, examinaban los planos.

—Estamos de suerte —musitó Alfred.

—Pero seguimos dónde estábamos —repuso la mujer—. ¿Cómo me las arreglaré para sacarlos de este país después del fracaso del año pasado?

El hombre la miró con expresión de odio.

—No creo que te gustara mucho que repitiera tus palabras por cable, Jana.

La frialdad de la mujer fue sustituida por un gesto de pánico.

—Tú no harás eso, Alfred. Recuerda lo que ha habido entre nosotros en el pasado.

—El pasado ya está muerto para mí, mujerzuela. Tú lo enterraste —escupió él, conteniéndose para no abofetearla.

Hasta entonces habían hablado en voz baja. Por primera vez el dueño de la casa cambió de inflexión y sus pupilas llamearon.

Prosiguió con voz y mirada de fanático:

—¡La Causa es lo primero del mundo para mí!

—¡Y para mí, no debes olvidarlo! —gritó la mujer—. Yo soy la que corro más peligro que nadie desde que simulé dejarme conquistar por el agente Cecil. Tampoco debes olvidar eso, Alfred.

El gigantesco Ledger tuvo un instante de vacilación cuando aquel hombre enigmático semejó hipnotizarle con sus ojillos negros, cargados de electricidad.

—Lleváoslo. Ya sabéis lo que tenéis que hacer con él.

—¿Y la vieja?

—Repetid lo que hicisteis con el barman Stan. Puede hacerse, ya que la contusión de la cabeza parecerá natural en un caso de atropello.

—Bien.

El ingeniero Morris Harlan estaba más muerto que vivo cuando lo sacaron a rastras de la habitación.

—¿Qué van a hacer conmigo? —inquirió desmayadamente—. Me han prometido que...

—Oh sí, sí. Pero ya sabe lo que pasa con las promesas —le atajó Ledger, que era el encargado de replicar al ingeniero.

La cabeza del hombre se balanceaba como la de un cadáver cuando le obligaron a caminar solo.

—¿Piensan matarme?

—Tendrá la muerte más original que pueda tener un hombre en una gran ciudad como Chicago. Debe estarnos agradecido, ingeniero.

El hombrecillo recordó la postrera sonrisa que le había dirigido Ellen, su compañera en la vida desde hacía treinta años.

—Respeten a mi mujer. Ella es inocente —se detuvo y miró suplicante al gigante—. Yo soy un cobarde, pero ella es una mujer valiente, una buena patriota. Compadézcanse de ella. Es... ¡Es una mujer!

—Bien —Ledger fue sincero ahora al añadir—: Le juro que no la mataremos.

—¡Oh, gracias, señor!

—Digo que no la mataremos, porque ya está muerta, gran tonto. ¡Ja, ja!

Era noche cerrada cuando Fremont detuvo el «*Super Sports Dalmain*» en un bar de las afueras de Evanston.

Edith y él entraron en el establecimiento y se dirigieron al

mostrador ocupado por dos parejas muy amarteladas y un hombre solo, al parecer bastante bebido. Fremont se encaró con el *barman*.

—*Whisky* para mí —el agente miró a la joven—. ¿Y tú?

—Creo que a mí tampoco me hará daño un poco de *whisky*.

—¿Lo quieres con soda?

—No. La soda me haría daño.

Mientras el barman se volvía para tomar una botella del anaquel, el bebedor algo mareado que apenas se había vuelto al verlos entrar, estiró una mano. Fremont recogió un papel sin que nadie pudiera verlo.

Lo leyó cuando el mozo del mostrador hubo llenado los vasos y se volvió por segunda vez, ahora para guardar la botella.

«El campo está despejado, pero se han oído que nosotros estamos aquí. Hay una conferencia telefónica para usted en su casa. Saludos».

Diez minutos más tarde Fremont presentaba Edith a su madre, mujer entrada en carnes, pero alta y distinguida, la cual díjole luego de saludar afablemente a la joven y examinarla atentamente:

—En la mesilla del teléfono hay un número de Chicago. Han preguntado tres veces por ti. ¿Qué pasa, hijo? Me ha parecido que era la voz de Norman, pero él lo ha negado. Ha dicho que se llamaba Koulema. ¿No es un nombre extranjero?

—Pronto lo sabremos, mamá. Mientras tanto, haz los honores de la casa a Edith.

El agente estableció comunicación con el despacho de «el viejo», el cual gritó con todas sus fuerzas:

—Ellen Harlan, la esposa del ingeniero Morris, ha sido encontrada muerta en la carretera de Gary, junto al cruce del Sur. Su marido... su marido ha desaparecido. Diga lo que piensa hacer, Fremont.

El agente dijo tras una corta pausa:

—Edith y yo regresaremos esta misma noche, jefe. Aquí las cosas están bien y mi madre le envía recuerdos... ¡Ah! ¿Piensa ponerme entre rejas cuando llegue a Chicago?

—¡Váyase al cuerno! ¡Al cuerno y a la...!

Fremont colgó el auricular y se sacudió la oreja.

—¡La que me aguarda al llegar al Departamento! ¿Y Cecil?...
¡Pobre víctima propiciatoria! Entre el viejo y Jana se lo comerán de vivo en vivo.

CAPÍTULO V

La entrada y el *hall* del edificio del National Security Bureau, al igual que los pasillos y los exteriores de las diversas dependencias, de noche estaban débilmente alumbrados por unas bombillas de un color rojo espectral, aunque las mismas lanzaban destellos vivísimos en caso de emergencia.

Ya en la primera planta, Fremont saludó amablemente a los dos exluchadores, los cuales tenían en medio a Cecil. Los tres dieron la callada por respuesta.

—No queréis que se os acuse de charlatanes, ¿eh? —dijo a continuación.

Las bocas de los interpelados se abrieron y dijeron cosas desagradables.

—El día que te mueras me emborracharé —contestó Cecil.

Fremont se frotó las manos.

—Esto se anima.

Waldo se pasó una mano por el ancho mentón. Después dio una manotada en el vacío.

—Con lo fácil que era darle así en el cogote a un oficial en Filipinas —el hércules simuló descalabrar a un supuesto oficial.

—Por poco me matas, soldado —protestó irónicamente el joven.

El anchísimo Dewey hizo acción de estar estrangulando a un enemigo invisible.

—Si uno pudiera hacer lo que quisiera, ahora mismo apretaría un cuello así, ¡así! hasta comprobar si es cierto que tenemos veinte pulgadas de lengua entre pecho y espalda.

Fremont le dirigió una sonrisa de aprobación a su acompañante.

—Yo diría que con los años esos muchachos se han humanizado, Edith. Dame tu opinión.

—El jefe nos espera. Te sugiero que dejes esta amistosa diaria para luego.

Fremont no tuvo necesidad de llamar a la puerta señalada con la placa «Norman Spencer», la cual se abrió y la alta e interesante figura del jefe casi llenó el umbral al cruzarse de brazos.

—Adelante, adelante, pareja —dijo, haciéndose a un lado. Se volvió hacia los otros tres—. ¡Ustedes aguarden aquí!

Norman cerró la puerta, atravesó su despacho y rodeó la mesa. Se escanció una generosa dosis de *whisky* en un vaso y comenzó a paladearlo.

—Cuando quise oponerme a su viaje a Evanston, yo era más amigo de su madre que jefe de usted, Fremont Tolles —explicó—. Ahora, hasta que acepten su baja y le expedienten, soy el jefe de este Departamento, ¡su jefe! y usted es un agente.

—Perfectamente.

Edith caminó muy despacio cuando se dirigió al sillón que utilizaba siempre en el despacho. Se sentó sin hacer rechinar los muelles, palpitándole el corazón.

Fremont siguió su costumbre de apoyarse de espaldas en la puerta y aguardó a que Norman prosiguiera.

—En cuanto a usted, Edith —añadió el hombre con severidad—, recibí órdenes concretas. ¡No saldrá de aquí hasta que yo lo ordene!

El primer estallido de la protesta femenina no tardó en producirse.

—Esto quiere decir que debo considerarme su prisionera, jefe.

—Puede pensar lo que quiera.

—Bueno —asintió ella—. Pero como quiera que debo ganarme el pan con el sudor de mi frente, le rogaré que ponga a mi disposición una máquina de escribir y cuartillas.

—¡Denegado! Estoy tratando de salvarle la vida y asimismo salvar el prestigio de este Departamento.

Las pupilas azul verdosas de la redactora eran ahora dos puntos luminosos.

—Yo no he solicitado la protección de este Departamento, míster Spencer —era la primera vez que dejaba de llamarle jefe.

Norman bebió un segundo sorbo de *whisky*.

—Me importa un rábano lo que usted haya hecho o dejado de hacer.

—A este proceder algunos le llaman dictadura; otros, menos

severos, le llaman entremetimiento; los maleducados, le llaman meter las narices en la vida ajena.

—Eso es lo que usted ha estado haciendo hasta ahora, Edith; meter las narices donde nadie la llamaba. ¡Y basta de charla!

—¡Dictadura pura! —susurró la joven.

La voz de Fremont tenía un acento metálico cuando intervino en el instante en que Norman se disponía a replicar:

—El jefe tiene razón, Edith. Sus reportajes perjudican nuestras investigaciones, sin contar con que si la dejamos salir de aquí la matarán.

La joven también dejó de tutearle.

—Piense en usted, agente. Por lo visto, en esos momentos a los secuestradores les interesa más su pellejo que el mío.

—Porque son hombres de mal gusto.

Norman bebió por tercera vez y no hizo nada para cortar el diálogo entre la pareja.

—Por otro lado —prosiguió ella con sarcasmo—, ¿quiere decirme a qué investigaciones se refería? Hasta ahora, que yo sepa, la única que sospecha la identidad de uno solo de los miembros de esa organización mataingenieros soy yo. Ustedes no conocen ni el abecé de este asunto.

Fremont encendió un pitillo y aparentó no darse cuenta de que ella estiraba dos dedos como si le pidiera que la invitase a fumar.

Edith bajó los dedos y contuvo la respiración cuando el agente repuso:

—Voy a demostrarle que está equivocada. Diga sí o no a la descripción de ese mataingenieros a que se refiere. Es un tipo que puede pasar inadvertido en medio de diez hombres corrientes. Quizá hay algo en él que lo diferencia de los americanos, y son sus ojos, de un color glauco que hace recordar los lagos nórdicos.

Edith echó el cuerpo hacia atrás en el asiento.

—Continúe.

—Obedezca al jefe a las buenas y déjese encerrar en una de nuestras hermosas habitaciones de los altos de este edificio. Tendrá una ducha, un dormitorio y una mesa para escribir a máquina. Yo conozco mucho más que usted de esta misteriosa Asociación, si bien confieso mi ignorancia sobre dos o tres puntos.

Norman bebió de un sorbo el resto del *whisky*.

—Hable de usted ahora, Fremont. Lo que ha comenzado a decir me interesa mucho.

—Recuerde que no puede obligarme a decir lo que sé, jefe.

—¡Maldita sea!

—Saldré de aquí dentro de unos minutos y haré una visita a las tabernas del puerto. Cuatro o cinco horas más tarde desayunaré en un bar cuyo dueño me debe más de un favor; y luego, cuando todo Chicago se lance a la calle para emborracharse de sol, aire y velocidad, me acostaré en mi cama.

—Yo diría que está muy seguro de lo que dice, Fremont —observó Norman.

—Lo estoy, jefe.

—¿Y si no le dejo salir de aquí?

—Me dejará salir.

—Explíquese.

El agente habló calmosamente, silabeando:

—Usted hará justicia y soltará a Cecil, el encargado de «Estupefacientes», jefe.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué más?

—Olvidará que los auxiliares Waldo y Dewey no han podido hacer nada para evitar que yo me escapara. Ellos no han tenido la culpa.

—¡Ajá! Siga, siga, Fremont.

—Hoy estamos a 2 de setiembre. El día 16, que también es domingo, yo habré destruido esa organización mataingenieros y robaplanos.

Edith se puso en pie y aceptó con agrado la interrogativa mirada del jefe.

—Le aseguro que Fremont no puede estar borracho, míster Norman —ahora ya no le llamó por el apellido—. No hemos bebido nada desde nuestra salida de Evanston, palabra.

El agente caminó diez pasos y se detuvo frente a la mesa. Extendió una mano, aunque antes de asir la botella en sus ojos había una súplica.

—Beba, amigo —le ofreció Norman, pasándole la botella y un vaso.

Fremont rechazó el vaso y unió la boca de la botella a la suya, tragando una buena cantidad de licor. Depositó el recipiente sobre

la mesa y se encaminó a la puerta. Empuñó el pomo de la cerradura y solicitó:

—Un último favor, jefe. Cecil es un muchacho muy eficiente. Si usted le ordena que permanezca aquí en espera de mi llamada, poniendo a su disposición los auxiliares que yo pueda solicitarle por teléfono, me ayudará mucho.

Cuando Fremont abrió la puerta, Norman pensó en Estella Tolles, la íntima amiga de su difunta esposa.

—Estoy pensando en tu madre, muchacho —comenzó a decir—. Me ha telefoneado y sabe que estás aquí conmigo.

—Recuerde que no debe tutearme, jefe. ¿No fue eso lo que me pidió cuando solicité mi ingreso en este Departamento recién salido de la Escuela de Policía?

—Bien, agente. Pero he de pensar en eso que me ha pedido.

—Mientras lo piensa, voy a tranquilizar a Cecil y a esos dos mastodontes.

—¡Un momento! —Edith se sonrió como si se excusara—. Lea al «The Chicago Port» que va a salir a la calle dentro de un par de horas, Fremont.

—Lo leeré, aunque es un «panfleto» tan indecente que me da náuseas.

—Tan indecente como quiera, pero léalo.

Fremont abrió la puerta. Se volvió rápidamente desde el umbral.

—Dígame por qué quiere que lea ese periodicucho, Edith.

Ella era la fiel imagen de la inocencia cuando respondió:

—Mi periodicucho será el único que publicará la desaparición del cuarto ingeniero. Es el último reportaje firmado por mí antes de mi encierro, con la salvedad de que esta vez no menciono nombres. De todos modos, teniendo en cuenta que John Egan y Alton Hipple están a buen recaudo, cuando escribí el artículo ya me inclinaba a creer que el desaparecido sería Morris Harlan, un vejete con más miedo que ciencia.

Fremont cerró dando un portazo. Consiguió componer su figura cuando se encaró con los dos exluchadores y Cecil, que en aquel momento estaban examinando el techo del pasillo.

—Vosotros, Waldo y Dewey —dijo—, ya podéis largaros. El jefe acaba de borraros de su memoria.

—Teniente... ¡Usted es mi padre! —exclamó Waldo.

—¡Y mi madre! —rió Dewey.

—¿Y yo? —gritó Cecil.

—Tú, muchacho, en agradecimiento a la meritoria labor llevada a cabo por la Brigada de Estupefacientes, vas a aumentar un grado en el escalafón. Serás mi igual... si salimos con vida de ésta.

—Entonces ya puedo considerarme hombre muerto...

Al quedar los dos amigos solos, Fremont inquirió:

—¿Dónde has pasado la velada desde mi salida de Chicago, Cecil?

—Es necesario haber perdido la vergüenza para preguntarme eso, marrullero, cafre, sátrapa.

—Dímelo y endulzaré tu estancia aquí enviándote una botella de «*Bourbon*» —Fremont empezó a andar, dirigiéndose a la escalera.

—Pues... ¿Lo prometes?

—Sí.

—En el cuarto de las ratas, en compañía de Waldo y Dewey, quienes no me han dirigido ni una sola vez la palabra.

—¿No has recibido ninguna visita femenina?

Cecil contestó una palabrota.

Fremont giró la cabeza, mirándole con interés.

—Pues la recibirás.

—¿Cómo lo sabes?

El joven hizo un gesto vago y prosiguió:

—Habría habido algo que llamara tu atención durante todo este tiempo, por ejemplo los ronquidos de uno de esos dos bestias cuando dormía mientras el otro se convertía en un argos.

—Los dos han hecho de argos y de cancerberos. Me miraban con ojos de lobo hambriento cada vez que yo lanzaba un suspiro al pensar que en este mundo ya no existe la amistad.

—Sigue pensando, estruja esa porquería de sesos que tienes debajo del cabello.

—Estoy pensando en la botella de *whisky* que me has prometido.

—Esfuerza las meninges, que, según dicen los médicos, son esas tres tonterías que rodean el encéfalo.

—¡Qué sabio!

—Dilo, Cecil. Si aspiras con fuerza podrás oler el perfume del «*Bourbon*» que te he prometido.

—¡Maldito seas! Como no te refieras a los rugidos de esos tigres

y a una inmundicia de musiquilla dulzona de esas que hacen caer el moco...

Fremont ya no le escuchó. Caminó Con paso rápido hacia las escaleras que conducían a los bajos.

—¡Eh! ¿Qué hay de mi *whisky*? —Lanzó Cecil.

—Te lo subirán enseguida.

Un cuarto de hora después Cecil abrazaba y besaba a una rutilante botella de fino «*Bourbon*».

Los bares del puerto permanecían abiertos hasta muy avanzada la madrugada porque era la noche del sábado al domingo y porque los bebedores rezagados terminaban allí la fiesta que habían empezado en los bares del interior.

La aurora coloreaba las azules aguas del Lago Michigan, las cuales lanzaban destellos de un color de plomo sucio. La actividad estaba muerta en los muelles. En las calles había calma, en los bares había borrachos, en los estómagos de los borrachos había un exceso de alcohol.

Fremont entró en el cuarto bar. Dirigió una ojeada a las parejas sentadas a las mesas cuchicheándose ternezas de borrachos y otra a un hombre de aspecto distinguido, con el fieltro artísticamente ladeado, el cual se puso en pie y recitó, como si terminara las lacrimosas estrofas del verso shakespeariano:

«... Drop tears as fas the Arabian trees Their medicinal gum»^[2].

Algunos bebedores adormilados protestaron. El poeta lloró para ponerse a tono.

—¡A la cárcel con él!

—La cárcel es poco; que se lo lleven a Sing-Sing.

El improvisado poeta se descubrió, saludó con una elegante inclinación de cabeza a los bebedores y se dirigió a la puerta haciendo eses, aunque sin perder su dignidad.

Fremont avanzó en línea recta hacia la barra. Pensaba en el vate. ¿De qué conocía él a aquel elegante sujeto?

—Hacía mil años que no se dejaba ver por aquí, míster Tolles —

dijo el dueño del bar sin hacer caso del incidente.

—¿Tanto, Reid?

—O más.

—Cómo pasa el tiempo.

—¿Qué va a ser?

El agente hizo un chasquido con la lengua.

—Ya no me cabe más. Toma, Reid.

Puso un dólar sobre el resplandeciente mostrador.

—Busco a dos hombres pequeños, jorobados, ágiles como ardillas. Ah, no es para nada malo.

La frente del tabernero —tan pulida como su pelada cabeza— se llenó de arrugas.

—Los jorobados no suelen ser ágiles, míster Tolles —observó—. Claro que como todo cambia...

—Piénsalo. Mientras te tomas tiempo en hacerlo, sírrete un vaso de algo.

El dueño recogió la moneda.

—¿Me sirvo a cuenta de éste?

—No. De éste —el agente puso un dólar sobre el mostrador.

—Espere, déjeme pensar.

—Bien, no tengo prisa.

Fremont se apoyó de espaldas en la barra y miró hacia la puerta.

—Oiga, por lo que veo esos tipos le interesan mucho, míster Tolles —dijo al cabo de tres o cuatro minutos Reid.

—Por culpa de ellos no duermo, ni como, ni respiro desde hace algún tiempo.

—Cierto. Deben de interesarle mucho.

—¿Cómo está la cafetera, Reid?

—Apagada. Si quiere le serviré otra cosa.

Fremont sacó otro dólar.

—No. Cóbrate el café como si me lo hubiera bebido y quédate con el cambio.

—Mil gracias, míster Tolles... Oiga, ¿está seguro de que esos tipos jorobados viven en las inmediaciones del puerto?

—No. Sólo es una deducción.

—¿Deducción? Ah, ya entiendo. Bueno... —El hombre se pasó la mano por la calva—. Estaba pensando en dos transformistas que conocí hace poco en el bar del finlandés Jason...

El cuerpo de Fremont se envaró. Todos sus sentidos se alertaron, aunque no despegó los labios.

Reid prosiguió:

—Son dos hombres altos, flexibles, bastante jóvenes, pero cuando se lo proponen tienen la estatura de un gato sentado, y uno de ellos sabe ocultar los labios y nuestra dos hileras de dientes así...

El agente se esforzó en aparentar indiferencia cuando se volvió para mirar la cara de espanto que ponía el hombre, al tiempo que se arremangaba los labios y mostraba las encías.

Sacudió la cabeza.

—No son ellos, Reid... ¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que desde este instante les envío al cuerno.

—Así se hace, míster Tolles. No hay derecho que un joven como usted deje de comer, dormir y respirar a causa de dos miserables jorobados.

Fremont salió del bar y pisó fuerte, aunque sin avanzar ni un solo paso.

Ladeó el busto, asomó un ojo al interior y experimentó la misma sensación que si acabaran de comunicarle que Edith Jakoukof le hacía saber que su «trousseau» estaba a punto y sólo esperaba su consentimiento para casarse con él.

El semblante del dueño del bar había perdido toda su jovialidad anterior y acababa de descolgar el auricular del teléfono. Marcó varias letras y números, se impacientó durante un largo minuto, y se volvió dos veces para ver si era observado por alguno de sus parroquianos. Hizo todo esto mientras murmuraba:

—Me interesa estar a bien con Jason. Que yo sepa, los federales y los agentes del
N. S. B.

no mueven una pestaña como no sea por algo gordo.

Fremont se alejó de la puerta a toda la velocidad de sus piernas, siguiendo la estrecha acera de la callejuela. Desembocó en la Avenida del Puerto y silbó al chofer de un taxi vacío.

—¡Lléveme a la Central Telefónica del distrito! —ordenó al taxista antes de abrir la portezuela.

—¿Es en Saint Main 6, señor?

—No. Es el 60. ¡Volando!

El cuenta-millas del taxi marcó las ochenta a lo largo de la solitaria avenida. Después torció hacia la derecha, hacia la izquierda, de nuevo hacia la derecha y enfiló a gran velocidad la calle Saint Main, deteniéndose delante de un edificio de poca alzada.

—Salgo enseguida.

Fremont saltó del vehículo y entró en la Central.

Interpeló a una telefonista, que al verle entrar se atufó la rubia cabellera.

—¿Quién manda aquí, hermosa dama?

—Si va en serio lo de hermosa...

—Va en serio, pero me urge hablar con el jefe de ustedes —mostró su documentación.

La telefonista hizo un gesto desdeñoso. Se olvidó de sus cabellos y perdió todo el interés por el viril desconocido.

—Ah, vamos, un poli. Allí —señaló una puertecilla del fondo.

Cinco minutos después de haber entrado en la Central Telefónica, remontó hacia un descubrimiento que le dejó sin aliento. El tabernero Reid había telefoneado al bar del finlandés Jason, de la calle Market, 121.

Penetró en una cabina y marcó un número. Segundos después hablaba con Cecil, un Cecil con la lengua algo estropajosa, que le saludó.

—¿Qué hay, Lucifer?

—Estoy maldiciendo el día que viniste al mundo, puerco —contestó enfadado Fremont.

—Ya. Me insultas porque crees que me he emborrachado. Pues no, señor. ¡Habla de una vez!

—Si se te puede hablar en serio y...

Cecil le interrumpió. Su acento era profesional, seco, cortante.

—Seguramente tú estás más borracho que yo, Fremont. Suéltalo ya.

Fremont sabía cuál sería la contestación cuando preguntó:

—¿Sales todavía con aquella rubia platino extranjera que quita el hipo?

—¡Vaya pregunta! Ella será la mamá de mis hijos... Pero, oye, haz el favor de decirme qué tienes tú que ver con Jana.

—Por tu madre, Cecil, no hagas preguntas. Compóntelas para

que Jana salga de la «*boîte*» y vaya a... ¡No me interrumpas, maldito! Dile que vaya a la calle Market, número 121, y entre como una gran dama en un bar muy movido de un finlandés llamado Jason.

—Si va en serio... ¿Qué tiene que hacer ella en ese bar, Fremont?

—Averiguar la dirección de uno o dos transformistas... Ya sabes, tipos de esos que saben convertirse en enanos, en gigantes, en guapos y en feos.

—¡Maná del desierto! ¿Y luego qué?

—Dile que me fingiré borracho y me acercaré a ella en la barra. Yo me encargaré del resto.

—¿Es un asunto peligroso, compañero?

—Para ella no; para mí sí, y mucho. Quizá no vuelvas a verme más en esta vida, querido amigo del alma.

—Escucha. Yo...

Pero Fremont había cortado la comunicación.

Se frotó las manos mientras pensaba en un hombre de talla gigantesca; en un segundo de aspecto tan común que podía pasar inadvertido entre diez hombres corrientes; y en un tercero y un cuarto que eran altos, flexibles, bastante jóvenes, aunque también podían ser pequeños, jorobados, y uno de ellos sabía mostrar unos dientes caballunos, convirtiendo sus labios en hocicos de cerdo.

CAPÍTULO VI

«Jason's

Bar» rezaban las luces verdes que se apagaban y se encendían en la fachada de un establecimiento enclavado casi al final de una calle con mucha pendiente.

Tratábase de la calle Market, y las luces del número 121, como el nombre del bar, brillaban con intermitencias.

Las máquinas tragaperras y los billares trabajaban a pleno rendimiento ante la sonrisa de satisfacción del finlandés Jason, de unos cuarenta años, alto, rubio, aunque el color de su cabello tenía una tonalidad diferente de la de los germanos y los anglosajones.

Fremont despidió al taxista, al que dio una buena propina.

—Gracias, míster —dijo el chofer—. Mal ganado ése de los maridos, ¿eh? Aunque no tanto como usted, yo también sé algo de eso.

El coche se alejó luego que el chofer le hubo guiñado un ojo al agente. Éste le había correspondido con una sonrisa de complicidad. Murmuró al quedar solo:

—¡Mundo podrido éste! Nunca ha estado tan a punto de caramelo para que Dios derrame fuego y azufre sobre él.

Encendió un pitillo y se envió el humo al estómago, haciendo una mueca y conteniendo un ataque de tos.

—Si es cierto que el Bnezfluoranthene produce el cáncer, estoy aviado —volvió a murmurar—. Creo que dejaré de fumar.

Miró al otro lado de la calle e inmovilizó las pupilas en un hombre alto, elegante, que en aquel momento se descubría, estando en una rígida posición de firmes, mientras recitaba a grito pelado:

«... of one whose hand, Like the base Indian, threw the
pear away Richer than all his ribe...»^[3].

El borracho poeta o poeta borracho se cubrió con un gesto olímpico y se alejó del bar mientras en el interior sonaba una salva de aplausos.

Fremont se sonrió. Volvió a mirar al emboquillado de contrabando, aunque dijo:

—Es uno de esos hombres de mil caras, un poeta... un asesino. ¿Cómo no lo habré reconocido en la tasca de Reid, ese sucio traidor que quiere estar bien con Dios y con el diablo?

El poeta, que era uno de los que se habían fingido borrachos y jorobados el día del atentado frustrado contra Edith, caminaba rígido, como hombre completamente borracho que se esfuerza por aparentar que no lo está.

Fremont miró a ambos lados de la calle y dio los primeros pasos hacia la puerta del concurrido establecimiento.

Se sonrió al decirse que él no podía compararse con el transformista.

«Me finjo borracho tan mal que si ese tipo me hubiera visto, ahora se estaría retorciendo de risa», pensó.

Se detuvo en el umbral de la puerta para que le vieran desde el interior más que para ver él mismo.

Nadie le miró, y esto le decepcionó.

Avanzó hacia la barra al ver sentada de espaldas a la puerta a una rutilante rubia platino.

—¿Puede un caballero sentarse a su lado sin que ningún ogro le muerda? —preguntó a la mujer.

Ella le miró. Sus ojos, claros y profundos, le examinaron y terminó encogiéndose desdeñosamente de hombros. Jana era una buena comedianta.

Un solo detalle, al parecer natural, la traicionó al corresponder a la mirada del agente más observador del

N. S. B.

sus pupilas brillaron malignamente.

—Haga lo que le dé la gana... si no molesta —concedió.

Un barman nativo se aproximó al recién llegado moviendo las mandíbulas.

—¿Vinagre o hiel, míster? —inquirió.

—No. Café muy cargado... Sin azúcar.

El barman examinó atentamente a Fremont.

—Ya, ya. Sabía que me pediría café.

—¡Pues al avío, compadre!

—O. K.

—¿Qué hay, Jana? —musitó el agente sin mirar a la rubia...

Ella observó al trasluz el contenido de su vaso. Dijo sin mover los labios:

—Aquí no. Luego, cuando me vea salir, sígame.

—Bien.

Fremont bebió el café a pequeños sorbos. La mujer se puso en pie y abrió su bolso.

—Yo pago, princesa —se ofreció el agente.

—Bueno. Y gracias. No todos los hombres están dispuestos a pagar una consumición a una mujer a cambio de nada.

—Yo soy así de desinteresado —declaró Fremont en voz alta.

Jana se encaminó muy despacio a la puerta. Las conversaciones cesaron y algunos encanutaron los labios. Sonaron algunos silbidos de admiración.

—¿No tiene dueño esa bayadera? —inquirió uno—. A ti te lo pregunto, Jason.

El finés asintió con la cabeza, sin despegar los labios.

Mientras le llovían las preguntas al dueño a propósito de la mujer que acababa de transponer el umbral, Fremont depositó una moneda sobre el mostrador y bajó torpemente del taburete.

—¿Basta con esto, muchacho? —preguntó al mozo.

—Sobra, míster.

—Para ti. Cómprate algo bueno. Una casa, un «Lincoln»... Lo que quieras.

—Y que usted lo vea, milord.

Mientras se dirigía, con paso vivo e inseguro a la puerta, Fremont estuvo a punto de reír cuando su mirada resbaló por una cara idiotizada perteneciente a un individuo vestido como un provinciano asustado.

«Él me ha reconocido, pero esta vez yo tengo la ventaja de que también le he reconocido a él», se dijo.

Había visto que la escultural mujer torcía hacia la derecha de la salida. Y encaminó sus pasos hacia aquella dirección.

—No estoy muy seguro de que a Cecil le convenga casarse con esa extranjera, que ya debe de haber cumplido los treinta —

mascullo.

Se alejó una cincuentena de pasos de la entrada del bar.

Un automóvil largo, de color oscuro, que rodaba sin motor a favor de la pendiente, frenó a su izquierda, muy pegado a la acera.

Cuando el agente se detuvo, la portezuela derecha del vehículo se abrió.

—Eh, amigo.

Fremont volvió la cabeza. Había supuesto que Jana sospecharía que él se haría acompañar por los temibles auxiliares del

N. S. B.,

y por lo mismo no intentarían nada contra él. Se dispuso a pagar cara su candidez cuando vio que dos pistolas de un calibre desmesurado le encañonaban.

—Suba —le ordenaron.

—Prefiero ir a pie —contestó.

—El relente de la madrugada es malo para la salud. ¡Obedezca!

Una de las pistolas le apuntaba al vientre; la otra, directamente a la cabeza.

Dio unos pasos hacia el vehículo.

—Estoy leyendo en su pensamiento como en un libro abierto —observó el que le apuntaba a la cabeza—. No haga lo que está pensando.

—Cierto. Estaba pensando eso que usted supone. ¡Para que luego digan que no existe la telepatía!

La puerta del lado del conductor se abrió y un tercer individuo, anchísimo, chato, bastante alto y de movimientos ágiles, se le aproximó por detrás después de rodear el vehículo.

—¡Arre, asno! —dijo, haciendo chasquear la lengua.

«Éste es nativo como el barman», pensó Fremont.

Subió al vehículo y se sentó entre dos hombres muy diferentes entre sí.

—Ahora viene lo bueno para ti, marrano —ladró el más alto y fornido de los dos.

«El maldito cejudo», se dijo el agente.

El otro era un tipo corriente, pero sus ojos eran acuosos, de un color glauco desvaído, inexpresivos. Aquel hombre podía ser un gran criminal o una criatura amorfa e inofensiva.

El de la cara achatada subió al coche por el mismo lado por

dónde había descendido y se deslizó hacia el lado del conductor. Entró la segunda velocidad y soltó el embrague luego de girar la llave de contacto.

El motor se puso en marcha silenciosamente al mismo tiempo que se bajaban las cortinillas de la separación y las de los cristales laterales.

—Como si estuviéramos en familia —comentó Fremont.

—Tan en familia como quieras, pero no te hagas más el borracho, agente —replicó el cejudo.

El joven lo miró fijamente. Aparentó hablarse a sí mismo.

—Me pregunto de qué conoceré yo esta cara... ¡Ya! Me recuerda la morgue, hace un año, y una llave de judo, hace unas cuantas semanas.

El hombre rechinó los dientes.

—Pronto, pronto lo sabrás todo —le prometió.

—¿Y tú? —dijo ahora el joven mirando al otro—. Preséntate como en las reuniones de sociedad.

Le contestó una voz que estaba en consonancia con su aspecto general:

—Yo soy un hombre del mundo. Se me encuentra en Filadelfia, en Bonn, en Madrid, en Atenas y en Calcuta.

—Cierto —convino con él el joven. Añadió como si siguiera hablándose a sí mismo—: ¿Dónde me llevarán estos amigos?

No puede decirse que la contestación le tranquilizara:

—Lo más seguro al otro mundo.

—¿Está muy lejos eso?

—No. A la vuelta de esta vida.

—¡Qué cerca! —comentó Fremont.

El cañón de la pistola del gigante cejudo —que era con el que había sostenido la última parte del diálogo— se le incrustó en el costillar derecho. El otro lo tenía dirigido al corazón.

Especuló. ¡Es tan dulce la vida y tan misteriosa la muerte!

—Mi madre es rica —prosiguió—. Y, según dicen, el dinero es capaz de devolver la vida a cualquiera que esté a punto de morir.

La culata de la pistola del gigante se abatió con fuerza sobre la ceja derecha y parte de la frente del agente.

Mil lucecillas de colores cambiantes que iban desde el rojo más intenso hasta el morado más fúnebre, bailaron en el cerebro de

Fremont. Oyó como a través de un hilo telefónico.

—Intenta de nuevo comprarnos, perro yanqui, y no llegarás ni a la vuelta de la esquina.

Fremont se llevó la mano a la frente. Antes de que pudiera acariciarse la herida, el de los ojos glaucos le levantó un chichón en medio de la cabeza.

—Quietas las manos, hijo —dijo con voz desprovista de acento el tipo anodino—. Si has de palpar una por una todas las caricias que te hagamos hasta que te matemos, no terminarías nunca.

Además de las lucecillas, Fremont sintió ahora en su cerebro el ruido de las cataratas del Niágara.

La sangre pareció que dejaba de regarle el cerebro, pero al fin corrió impetuosamente por sus venas y sus arterias. Dijo lo que sentía, llamando las cosas por su nombre.

—¡Los osos cobardes!

De repente un timbre de una potencia extraordinaria llenó la calle y el vehículo se detuvo en seco.

El ulular de varias sirenas taladró el aire en el momento en que Fremont se hundía en el asiento y sus pies rompían en cien añicos el cristal de separación.

En la calle, cerca del turismo, una voz femenina chilló:

—¡Fuego! ¿Os apostáis algo que es cierto que el «Santa Bárbara» está ardiendo como nos han dicho en el club?

—Lo que estás diciendo, Magda, es imposible. El «Santa Bárbara» transporta «trinitrotoluen», y si ardiera...

—¿Trini... qué? Tú siempre te las das de sabio, Wallace.

—Antes de que pudiera explicártelo anochecería... ¡Eh! ¿Qué les pasa a los ocupantes de este coche?

Fremont estaba seguro de una cosa: en tanto estuvieran parados —cosa que sucedería mientras los coches-bomba no salieran del garaje—, el cejudo y el tipo amorfo no dispararían sus pistolas.

Comenzó una lucha sorda, sin cuartel.

El gigante quiso cerrarle la boca con una de sus manazas al prisionero, mientras que con la otra le apretaba el cuello, hasta casi hacerle salir los ojos de las órbitas.

Fremont clavó los dientes en aquella mano y sintió el gusto salobre de la sangre. Su segundo movimiento fue para hundirle el pie en la boca al de los ojos glaucos. Con el otro pie rompió un

cristal lateral, y los gritos, fuera del vehículo, mezcláronse con las sirenas de varios coches-cisternas.

El aire ya no acudía a los pulmones del agente cuando oyó estas palabras del chofer:

—Si no se les ha perdido nada aquí, ahuequen, amigos.

—¿Son ustedes de la poli? —preguntó la misma voz de mujer.

—Mucho más.

—Más que policías... ¿Qué es más que un policía, Wallace?

—Supongo que nuestro Señor.

—Hablo de la Tierra, tonto.

Fremont consiguió dar un cabezazo en el bajo vientre al cejudo y después clavó las garras en el cuello del otro, cuando la portezuela del lado izquierdo del vehículo se abrió. El chofer advirtió a los curiosos:

—¡Cuidado, buena gente! Somos loqueros y ese que llevamos ahí dentro es un loco furioso.

—¡Un loco! ¡Me gustaría ver a un loco de cerca, Wallace! Hasta ahora sólo te he visto a ti, que estás medio loco —pidió la mujer.

Se abrió la portezuela del otro lado y dos hombres asomaron la cabeza al interior.

Fremont hizo un esfuerzo desesperado para librarse de las garras del gigante y consiguió dar una vuelta sobre sí mismo en el momento en que los coche-bombas se alejaban y el chofer del vehículo largo y de color oscuro arrancaba a la máxima velocidad.

Varios hombres rodearon al agente, el cual sintió que el aire penetraba en grandes cantidades en sus pulmones.

—¿Y si está loco de verdad? —sugirió la mujer.

Cuando Fremont consiguió ponerse en pie, el coche era sólo un punto apenas perceptible al fondo de la calle.

Se acarició el cuello con la mano izquierda, extrajo su carnet de identidad del bolsillo interior de la americana y lo puso delante de los ojos de un hombre.

—Lea, amigo —dijo.

—¡Pecadores de nosotros! ¡Pues no llegamos a creer que era cierto que este fulano estaba loco...! —exclamó el hombre.

El agente miró con extraña ternura a la mujer, de unos treinta años, de contornos tan acusados que la débil tela que los cubrían parecía a punto de estallar.

—¿Quién... quién es Wallace? —tartajéo.

Un hombre de buena estatura, vestido de blanco, retrocedió.

—Oiga; le aseguro que yo no tengo nada que ver con...

—Quiero que me diga si esta dama es su esposa, su novia o... lo que sea.

—Es amiga mía y lo que yo llamo una gran muchacha. ¿Por qué quiere saberlo?

Fremont guardó su documentación y se limpió los labios, aproximándose a la sugestiva sirena.

—Con este beso que voy a darle, señorita, irá envuelto todo el agradecimiento de un hombre que le debe la vida —dijo poéticamente.

La besó en ambas mejillas y, dando media vuelta, se alejó a buen paso.

Magda miró a Wallace y a sus otros dos acompañantes.

—Decidme si debajo de las moraduras, cortes y arañazos de ese sol no se esconde el hombre más guapo que han visto mis ojos, amigos. Habla tú, Wallace.

Éste dijo con el ceño fruncido:

—Yo digo que ese buen mozo es un agente del

N. S. B.,

que es como decir que gracias a los miembros de ese Departamento no estamos subidos a los árboles cascando cocos y comiendo dátiles.

Magda suspiró.

—¡Y no es guapo ni fino que digamos!

La escena tenía lugar en el *hall* de la entrada del

N. S. B.

—Oiga, si ha tomado esto por una enfermería, se ha equivocado de medio a medio —dijo un hombre de aspecto temible.

Fremont no despegó los labios. Estaba seguro de que el auxiliar Duncan, casi tan alto y de poderosa complexión como Waldo y Dewey, no le conocería si le decía que él era el agente Fremont Folies, algo así como el brazo derecho del «amo» del Departamento.

Por segunda vez en menos de media hora extrajo el carnet profesional y lo acercó a los ojos del auxiliar.

Éste inició una protesta:

—Escuche, compadre; tomaduras de pelo tan temprano y en este lugar... ¡Pero si es él!

El agente había empezado a reír, y la deslumbrante blancura de sus dientes y el gesto cínico que le caracterizaba en determinadas ocasiones, fue su mejor carnet de presentación.

—¿Dónde está el agente Cecil, Duncan? —inquirió.

—En la antesala del cuarto de las ratas. Pero ¿qué le ha sucedido a usted, agente?

—Me caí... Supongo que Cecil estará durmiendo.

—Cuando he asomado la cabeza, pues no me he atrevido a entrar, estaba muy bien acompañado... ¿Y dice que se ha caído, agente?

Fremont asintió. Estaba pensando en Jana, la rubia platino de nacionalidad tan dudosa como el color de su cabello.

—Si no he entendido mal, has dicho que la persona que acompaña a Cecil tiene una hermosa cabellera... rubia, Duncan.

—Si lo he dicho no me acuerdo... Escuche, el lugar desde donde ha caído sería muy alto, ¿no, agente Fremont? Desmíentame si me equivoco.

—Está bien, te desmiento. He recibido más golpes que una alfombra vieja. Ahora déjame pasar.

Se dirigió a la puerta de la pequeña habitación inmediata a la entrada principal y la abrió de golpe.

Asidos por las manos, cabeza contra cabeza, aunque entre ellos había la mesa que Fremont había volcado sobre los pies de los dos exluchadores, Cecil y Jana se miraban fijamente.

Se separaron, enderezándose en las sillas al verle.

—¡Ejem! —carraspeó el agente—. ¿Molesto?

—Yo diría qué sí —contestó el agente de «Estupefacientes»—. Pero ya que estás aquí, voy a exprimerte como a un limón.

Jana no respondió ni se volvió hacia el recién llegado. Su voz era un chirrido cuando comenzó a decir estando vuelta de espaldas a él:

—El dueño de la *«boîte»* donde trabajo es un buen tipo, pero su mujer es una bruja. ¿Qué pasará si me despide, agente Fremont? Usted habrá tenido la culpa —dijo de un tirón.

El agente cercó la puerta. Se apoyó en ella y pidió:

—Enciéndeme un pitillo, Cecil. No puedo hacer ningún movimiento con el cuerpo, ni con las manos, ni con el alma.

Cecil se puso en pie.

—Ahora que me doy cuenta, supongo que habrás pasado una buena noche con comida, golpes y mujeres.

—Menos de lo primero y lo último que has dicho, de lo otro ha habido bastante.

Jana respiraba con dificultad cuando Fremont se fue acercando a la mesa.

Entretanto, Cecil encendió un cigarrillo y se lo ofreció a su amigo.

—Toma. No es de contrabando, pero es bueno —afirmó.

—Gracias. En estos momentos me gustará fumar tabaco honrado.

Fremont se sintió otro hombre al tragar una bocanada de humo.

—Ni Cecil ni yo conocemos esa «*boîte*» donde usted trabaja, Jana —recordó—. ¿Por qué?

La mujer se puso en pie y lo miró sin pestañear.

—No creo que eso pueda importarle gran cosa.

—Quién sabe. Y diga: ¿dónde se encontraba usted cuando aquel coche se me echó encima y me obligaron a subir?

—¿Qué está diciendo, agente?

Fremont la miró rectamente a los ojos.

—Nada. Quizá me he equivocado —se volvió hacia su amigo—. ¿Y el viejo?

—Arriba. Escucha; yo diría que me debes una explicación.

—Te la daré en otro momento. Hasta luego, compañero.

Regresó a la puerta, la abrió y dijo desde el umbral sin mirar a Cecil:

—Jason es finlandés; los dos tipos flexibles, el de la cara parecida a mil caras y el gigantón con cejas largas y abundantes, también lo son. ¿Cuál es la nacionalidad de usted, Jana?

Salió del «cuarto de las ratas» y cerró la puerta con mucha suavidad sin aguardar contestación.

CAPÍTULO VII

El día 7, durante la guardia de Cecil, una mujer de cabellera rubia platino, alta, de esas que poseen unos contornos tan rotundos y precisos que los hombres se detienen a su paso, le dirigió una sonrisa al ingeniero Egan cuando éste salía del lavabo.

—¿Quiere seguirme, míster Egan? El agente Fremont quiere hablar con usted.

El alto y voluminoso ingeniero la siguió por los anchos y solitarios pasillos del edificio del

N. S. B.

sin despegar los labios.

A pesar de que el miedo no le permitía conciliar el sueño en la habitación que le había sido destinada en los altos, Egan admiró las arqueadas espaldas, la graciosa curva de las caderas y el balanceo natural de la mujer al andar.

—Por aquí —dijo ella.

Descendieron por una escalera estrecha y sombría y se detuvieron ante una puertecilla cerrada. La mujer llamó flojamente con los nudillos y se volvió hacia su acompañante. Sonrió al explicar:

—Nunca descuidamos las precauciones. Sobre todo de noche, aunque nadie puede entrar ni salir del edificio sin ser visto e interrogado en la puerta principal por nuestros auxiliares.

—¿Es usted agente?

—Sí.

—¿Qué quiere de mí el agente Fremont a estas horas? Es casi medianoche.

El tono de voz de la mujer al responder fue seco, profesional.

—Él lo sabrá. Usted debe saber que es nuestro mejor investigador, ¿no?

—¡Hum! No será tan bueno cuando no ha conseguido impedir

que mi compañero Alton Hipple y yo tengamos que quedarnos aquí como si fuéramos unos prisioneros.

Jana, la novia de Cecil, la antigua amiga del enigmático Alfred, se hizo a un lado cuando la puerta se abrió silenciosamente.

John Egan entró en la pequeña habitación.

Primero oyó el sonido de muchas campanillas de plata. Luego vio refractada y reflejada toda la gama del arco iris. Después no oyó ni vio nada más.

La falsa agente Jana cerró la puerta y regresó a los bajos del edificio.

Penetró en el «cuarto de las ratas» y rechazó el abrazo que quiso darle Cecil, quien sin haber bebido estaba completamente borracho. Aquella borrachera —como la mujer sabía muy bien— sólo duraría una hora.

—Ahora no —dijo con una sonrisa arrebatadora.

Fremont tenía los nervios en horrible tensión. Desde la noche del jueves, que fue cuando empezaron, los tigres del otro lado de la Park Avenue no habían cesado de gruñir.

Pasó casi todo el día del viernes en la calle. Cuando, muy tarde ya, regresó a su despacho, frotándose las manos, Edith entró sin llamar.

—No te he visto en todo el día —le reprochó ella.

—Ya me ves ahora.

—No das nunca cuenta del resultado de tus salidas.

—Éste es el lado bueno de mi carácter.

—¿Hay algo nuevo?

El tigre y la tigresa del Zoo rugieron y el agente se dirigió a la ventana, cerrándola.

—¡Infiernos! ¿No habrá nadie que envenene a esas fieras? Hoy braman más tarde que nunca.

La reportera lo miró compasivamente.

—Tus nervios están tan destrozados como los míos, Fremont.

—¡Pero las caras de esos dos tipos siguen intactas!

El agente se tapó los oídos con las manos y corrió hacia la puerta.

—No sé a qué tipos te refieres, Fremont.

—¿Qué?

—Si no te destapas los oídos es inútil que lo repita.

Él no la entendió. Preguntó sin variar de postura:

—¿Braman todavía?

Ella denegó con un movimiento de cabeza.

—Sígueme —ordenó Fremont.

Salió sin cerrar la puerta y Edith le siguió.

Cecil pasó por el lado de su amigo sin saludarle, más Fremont le obligó a volverse dándole un tirón del brazo.

—No me guardes rencor hasta que te lo cuente todo, muchacho.

—Sé lo bastante para poderte llamar puerco.

Cecil se desprendió de la mano del encargado de «Fission» y entró en «Estupefacientes».

—Hace días que están así. ¿Por qué? —quiso saber Edith.

El agente se encogió de hombros y comenzó el descenso de la escalera central del edificio.

—No me digas que vamos a salir —observó alarmada la joven.

—No te obligo a seguirme, pero si me acompañas, prestarás un gran servicio a la causa de la Justicia.

—Yo diría que el primer deber del hombre y la mujer es prestarse a sí mismo el servicio de proteger su propia vida.

Sostenían el diálogo en voz baja mientras bajaban las escaleras.

—Por eso le digo que no te obligo, amiga mía.

Fremont salió a la calle sin mirar atrás. Avanzó unos cuantos pasos hacia la derecha y subió a un taxi cuando el conductor hubo abierto la portezuela, como si le estuviera esperando.

Edith le siguió y el agente parecía estar seguro de ello, puesto que se retiró hacia la izquierda del asiento para dejarle un sitio a su lado.

—Adelante, Wayne —ordenó Fremont al taxista cuando este hubo cerrado la puerta detrás de la joven—. Y recuerda el premio que te aguarda si todo sale bien.

—No tengo otro pensamiento en la cabeza, míster Tolles.

Mientras el automóvil sorteaba con habilidad los obstáculos, avanzando y retrocediendo, terminando por enfilarse en la larga calle Market, Fremont explicó, sin mirar a la reportera, aunque apretándole con fuerza una mano:

—Hoy es el comienzo del fin, Edith.

—¿Nuestro fin?

—No. Recuerda lo que te dije de un hilo que me conduciría al

ovillo que tanto nos interesa encontrar. No me digas que lo has olvidado.

—No lo he olvidado... Suelta. No creo que éste sea el momento más apropiado para esto.

La exclamación de la reportera se debía a que el agente le soltó la mano, pero quiso abrazarla.

Fremont no era hombre para admitir resistencias inadecuadas. Sabía que la joven sentía por él algo superior a una atracción pasajera.

Su mano derecha la prendió por el cuello y la obligó a mirarlo cara a cara. Terminó besando aquellos labios rojos y estremecidos, y luego la soltó.

—El hombre que está dispuesto a hacer lo que yo voy a hacer, quiere tener un buen recuerdo de lo último que ha visto y sentido que le hiciera palpar el corazón —declaró Fremont a título de excusa.

El taxi se paró. Antes de descender, el agente dijo con sencillez:

—¿Lo recuerdas todo, Wayne?

—Sí, agente.

—Bien. Explícaselo a ella y suerte. ¡Adelante!

Abrió y cerró la portezuela cuando el vehículo ya se había puesto en marcha.

Fremont caminó durante cinco minutos. Se paró, examinó detrás de él y penetró en una casa de una sola planta con vistas a la calle Market, aunque la entrada se efectuaba por la University Avenue.

Tardó quince segundos en subir un tramo de escalera, diez en sacar un llavín del bolsillo y abrir la puerta de un apartamento y penetrar en su interior.

Le bastaron otros diez segundos para encaminarse a una ventana cuyos cristales estaban cubiertos por unos visillos, por entre los cuales penetraba la lívida claridad de la luna que iluminaba espectralmente la habitación.

Examinó la entrada del
«Jason's
Bar» y se cruzó de brazos.

Tardó quince minutos en decir, sintiéndose en tensión muscular y nerviosa:

—Ahora.

Dos minutos después unos dedos tecleaban la puerta por la cual el agente había entrado en el apartamento.

Fremont sacó la pistola de la funda axilar, la examinó y fue a abrir.

Dos hombres aparecieron en la puerta mientras un tercero roncaba detrás de éstos:

—Si vuelven la cabeza verán que les estoy apuntando con una «*Parabellum*» del Ejército alemán... Y perdonen por la engañifa, ¿eh, forasteros?

El que acababa de hablar era el taxista Wayne.

Al verse entre dos fuegos, los dos sujetos obedecieron al agente cuando éste les ordenó:

—Arriba esas manos. Aunque celebraría que me desobedecieran. Quizá les interese saber que yo también uso silenciador en mi pistola.

Fremont les obligó a detenerse en el recibidor mientras la puerta del apartamento se cerraba detrás de ellos.

Desarmó a los dos hombres. Al más alto le encontró la pistola en la axila, el otro la llevaba en el bolsillo derecho de la americana.

El más alto era guapo. El otro iba elegantemente vestido, pero su cara podía confundirse con mil caras. Era uno que hasta entonces había estado paseando por la acera del

«Jason's

Bar» como si aguardara la llegada de una dama (esta dama era Edith, que le citó por teléfono en aquel lugar con acento insinuante). Protestó cual correspondía a un caballero de porte tan distinguido.

—En Alemania, con Hitler, a esto se le hubiera llamado una indignidad. ¿Quiere decirme cómo he de llamarlo en el país de la Estatua de la Libertad?

—Llámelo como quiera.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir?

Fremont se sacó la americana y la arrojó sobre una silla. Encima de aquella depositó las tres pistolas, sonriendo al ver que los dos individuos respiraban aliviados. Anunció:

—Voy a contestar a su pregunta. Hace días que necesito desahogarme, mover los brazos y las piernas.

La contestación fue un puñetazo de buena manufactura.

Ivan, el torturador de aspecto adocenado, fue lanzado hacia la mesa central, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó en el otro lado, quedando en el suelo como un guiñapo.

El agente se encaró ahora con Lumber, que era el sujeto de aspecto atractivo, citado también en aquel lugar por una mujer de belleza arrebatadora, o sea, la redactora sensacionalista Edith Jakoukof.

—Peso ciento ochenta y cinco libras. ¿Y usted? —preguntó a boca de jarro.

El gimnasta se arrancó la americana, dejándola caer en el suelo.

—Yo peso algunas menos, pero lo que me falta para hacer su peso es grasa, la enojosa grasa que le corta el resuello al hombre más fuerte.

—Hágame una demostración de lo que es capaz de hacer con los puños.

Lumber se puso en guardia, irguiendo la cabeza. De repente pareció hundirse en un boquete que se hubiera abierto a sus pies, y sus manos agarraron con fuerza las piernas del agente.

Éste cayó hacia atrás. Antes de que pudiera incorporarse, dos zarpas de acero se hundieron en su cuello, le levantaron la cabeza y se la golpearon contra las baldosas.

—¿Qué te decía yo, polizonte indecente?

Fremont sintió un aliento impuro que le ahogaba casi tanto como aquellas manos cuyos dedos semejaron penetrarle en la garganta.

—¡Uf! Hiena apestosa...

Encogió y lanzó los pies. El aire entró con fuerza en sus pulmones mientras se ponía en pie y respiraba ansiosamente. Lumber le tomó la delantera antes de que pudiera hacer ningún movimiento.

—Dame tu opinión, sabueso —dijo, disparándose como un proyectil.

Pero el puño del gimnasta pasó de lado, encontrando el vacío. El del agente le rompió una mandíbula, haciéndole proferir un bramido de dolor a su contrincante.

—Ya te he dado mi opinión. Y ahora...

Un cuerpo cayó repentinamente sobre las espaldas de Fremont y otro par de manos fuertes, pero no tanto como las de Lumber,

buscaron su nuca. A estas manos, que le atenazaron la garganta, le siguió el mordisco de unos dientes afilados como los de una fiera, los cuales le mordieron salvajemente.

—¡Suelta, lobo!

Fremont se arrancó del cuello, junto con el cuerpo de Ivan, una buena porción de su propia carne viva, prendida de los dientes de éste.

—¡Caníbal! —volvió a gritar.

Mientras la sangre le corría por la espalda, dándole una sensación de angustia indescriptible, detuvo el golpe que Lumber le enviaba, le agarró el puño y, empleando una llave de judo, lo hizo saltar por encima de su cabeza.

Ivan culebreó por la habitación y su mano cayó sobre la pistola del agente. Antes de que pudiera empuñarla recibió un taconazo en la cara, junto a la cabeza. El golpe fue repetido dos veces más, sin compasión.

—¡Al infierno contigo, canalla!



—¡Vete al infierno!

Fremont percibió un apagado ¡crac! de huesos rotos y jadeó mientras se aplicaba la mano izquierda sobre la nuca. Recogió su pistola del suelo con la diestra y encañonó a Lumber.

—Has abierto un ojo, transformista —observó—. Es inútil que te hagas el dormido. ¿Cuál es tu nombre desde que estás en este país?

No me interesa el tuyo verdadero, que seguro yo no podría pronunciar correctamente.

—Lumber.

—Bien, Lumber. Siéntate en el suelo y dime si esas libras de peso de más que llevo encima son de grasa.

El gimnasta se sentó en el suelo, hizo una mueca de dolor y sacudió la cabeza.

—¿Qué quiere de nosotros?

—Los hay que primero preguntan y después obran. Yo lo hago al revés, Lumber. Ahora ya sabes lo que te espera si prefieres callar o mientes cuando contestes a mis preguntas.

—Pregunte lo que quiera.

—Solamente quiero saber una cosa, o mejor dicho, dos: quién es «Koulema» y dónde habéis enterrado a los cuatro ingenieros. Por si te interesa saberlo —mintió Fremont—, en estos momentos el gigante de las cejas pobladas y tu compañero, el jorobado que me atacó frente a la Redacción del *The Chicago Fort*, ya han caído en poder de mis compañeros.

Lumber esbozó una sonrisa de incredulidad.

—¿Puedo levantarme? —pidió.

—No. Estás bien así —Fremont añadió, poco seguro del terreno que pisaba—: Jana, si es que éste es el nombre verdadero de la rubia platino, también está a buen recaudo.

La sonrisa desapareció de la cara del gimnasta. Inclino la cabeza mientras Fremont miraba a Ivan, observando que había quedado inmóvil.

La cabeza de Lumber se irguió como la de un reptil.

—Los ingenieros no han muerto... Y no esté tan seguro de que sólo sean cuatro los que han desaparecido —ladró.

El agente se estremeció, acercándose al gimnasta y mostrándole la punta del zapato.

—Te destrozaré la cara a puntapiés si no hablas.

—Le advierto que estoy adscrito al servicio de una Embajada y tendrá que responder de...

—Responderé de lo que sea, pero habla.

El de Lumber fue un movimiento felino, fulminante. Dio un salto hacia la silla donde se hallaba la americana del agente y las dos pistolas. Consiguió empuñar la suya y encañonó al agente.

Fremont disparó en el último instante.

La bala, que abrió un surco en el centro de la cabeza del gimnasta, sonó como un golpe seco dado contra una caja vacía.

—¡Maldita suerte la mía! —se lamentó el agente.

Antes de examinarlo sabía ya que estaba muerto. Dejó caer la cabeza de Lamber y corrió hacia Iván.

Se sintió próximo a la desesperación al ver aquellos ojos vidriados, fijos en él, pero sin ver nada.

—Le he cortado dos colmillos a la fiera, pero ¿qué he conseguido con ello? Los colmillos pueden volver a salir...

Masculló una maldición y entró en una habitación muy pequeña. Descolgó el aparato de bakelita y no tuvo necesidad de preguntar nada.

—Hable, Fremont —le ordenaron.

Era la voz de Norman, una voz ansiosa, chillona.

—¡Vamos, hable! —apremió.

—He tenido mala suerte, jefe.

—¿Le han herido, muchacho? —Respiró afanosamente el jefe.

—No. He matado a dos tipos.

—No veo la mala suerte por ningún lado —suspiró Norman—. Sepa que han raptado al ingeniero John Egan en nuestras propias barbas... ¡Continúe!

—Dígale a Cecil que se ponga, ¿quiere, jefe?

—Bien. ¿Va a venir enseguida?

—Sí.

El acento de Cecil era inamistoso cuando inquirió:

—¿Bueno?

Fremont tragó saliva.

—Voy a darte un encargo muy desagradable, amigo.

—Que yo sepa, tú solo sabes hacer y decir cosas desagradables.

—Lo siento.

—Venga ese encargo.

—Se trata de Jana.

—¡Venga el encargo!

—Antes contesta a una pregunta. ¿Rugen todavía los tigres del Zoo?

—¡Ojalá te mueras! ¿Quieres...?

—Contesta a mi pregunta, Cecil. Es por tu bien, el mío y del

Departamento.

—Hace más de media hora que han cesado los gruñidos, bramidos y rugidos. En el Zoo hay la paz de los cementerios. En mi interior hay un pandemónium del infierno. Ahora habla tú, Fremont —la voz del agente de «Estupefacientes» había cambiado de inflexión.

—El encargo es el siguiente: tendré que valerme de ti para atraer a Jana a cierto lugar y detenerla. Es cómplice de los asesinatos de siete u ocho hombres y... y es la amiga de un tipo extranjero con el cual se reúne a menudo en cierto lugar. Él es el único que me falta por identificar.

Fremont percibió el jadeo de su amigo a través del hilo. Terminó:

—Hasta pronto, muchacho. Y lo repito: lo siento mucho.

—¡No cuentes conmigo! —replicó Cecil.

Un hombre voluminoso, que en tiempos fue uno de los mejores tenistas *amateurs* de Norteamérica, en mangas de camisa y chorreando sudor por todos sus poros, apuntó con un dedo grueso y tembloroso al agente Fremont.

—No puede usted negar que ha tenido contacto con ellos, agente —consiguió dominarse para preguntar casi con naturalidad—: ¿Verdad?

—Se equivoca, míster Hipple.

Éste volvió a encrespase.

—Es inútil que lo niegue. Antes de hacerme ingeniero estudié Medicina y conozco cuál es la diferencia que hay entre un golpe casual y otro producido con un objeto contundente.

—Como quiera, ingeniero; pero le aseguro que me di un golpe... de una manera casual.

Hipple prosiguió:

—Veo fantasmas por todas partes. Son hombres monstruosos, casi todos extranjeros, extraños, rubios y morenos, pero de cabellos sucios... ¡Yo no soy un luchador! ¿Se enteran? Soy un ingeniero, ¡un ingeniero!

Era sábado, día 15 de setiembre. El lugar de reunión era el despacho «Norman Spencer», debidamente restaurado después de la explosión de la granada arrojada desde la calle, seguramente desde el interior de un automóvil.

El agente se paseaba a lo largo y ancho del despacho del Departamento, impotente para hacer comprender al ingeniero que en adelante no carecería de protección.

La redactora de la página sensacionalista del *The Chicago Fort* estaba tranquilamente sentada en su sillón junto a la mesa y, por cuarta vez en el espacio de media hora, aplastó en el fondo de un cenicero, lleno de colillas, un cigarrillo a medio consumir.

Norman aprovechó una de las medias vueltas del agente, cuando los ojos de ambos se encontraron, para recordar con rara humildad:

—Hoy es sábado y estamos a 15 de setiembre, ¿no, Fremont?

—Sí, señor —el joven se detuvo—. ¿Tiene algo más que añadir?

—No sé... Es pronto todavía.

—Entonces, deje las cosas tal como están si le parece, pues al sábado le seguirá el domingo.

—Perfectamente.

Fremont siguió paseando por la amplia pieza.

—¿Qué le digo a mi mujer? —preguntó de repente el grueso Alton Hipple.

Al no obtener contestación levantó la voz:

—¿No me han oído? Ustedes son los responsables de que hayamos llegado a esta situación. Con todo su poder no devolverán la vida a mis compañeros Fred Tyner, Herbert Lloyd, Morton Glass, Morris Harlan y John Egan. ¿Y qué diremos de la esposa de Morris, la bondadosa Ellen, aplastada como un gusano por un camión?

Prosiguió antes de que le contestaran:

—Mi mujer está ahí fuera. Atrévase a encararse con ella para hablarle de patriotismo. ¡Patriotismo! —exclamó sarcásticamente.

Norman cerró los puños, los cuales apoyó en la mesa. Se apalancó en ellos y se puso en pie como un resorte súbitamente distendido.

—¡Basta, cobarde! —aulló—. Hasta los cerdos tienen casta y pertenecen a una raza determinada. ¿Es usted menos que un cerdo?

El ingeniero se lo quedó mirando sin pestañear. Terminó lamiéndose los labios como un gato harto.

CAPÍTULO VIII

Norman, señaló al agente y prosiguió con calor, mirando al acobardado ingeniero Hipple:

—¡Somos hombres como usted! Es cierto, a este muchacho le dejaron en el estado en que le ve los mismos que quieren secuestrarle a usted. Dígale al ingeniero lo que piensa hacer, Fremont. ¡Dívalo bien alto!

El agente miró sin expresión al ingeniero.

—Dentro de unos minutos saldré de aquí y continuaré investigando.

—¿Por qué lo hará?

—Es mi deber.

—¿No tiene miedo, Fremont?

—Mucho. A qué negarlo.

El jefe y el agente sostenían este diálogo sin dejar de mirar al ingeniero. El primero rodeó la mesa e hizo un vago movimiento con las manos como si quisiera significar que no debían dejarse llevar por la pasión.

—Empecemos de nuevo, amigo. Con los nervios en tensión y la mente ofuscada por el miedo no saldremos del atolladero.

Alton se recuperó poco a poco.

—Tiene razón, jefe —reconoció—. Pero creo que antes de volver a hablar de mí hemos de pensar en mi mujer. No podemos ni debemos mezclarla en esto como Morris hizo con Ellen.

Edith, que en estos últimos instantes se había ruborizado al ver la mirada de Fremont saltando de sus labios a sus rodillas y de éstas a sus medias de nylon, se puso en pie.

—Le sugiero que me deje hablar con la señora Hipple, jefe. Entre mujeres...

La interrumpió Fremont, decepcionado al tener que cambiar la dirección de su mirada.

—Se charla más —dijo.

Norman le dedicó una apagada sonrisa de reconvención al agente y asintió con un gesto a lo sugerido por la redactora.

—Hágalo, Edith. Háblele de usted misma y díglele la verdad, o sea, que esto no puede durar... —Miró al agente—. ¿Quiere que le diga que mañana habrá terminado todo?

—Puede decirlo —asintió Fremont.

La joven abrió la puerta luego de dirigir una mirada de antipatía al agente, el cual la siguió con los ojos hasta que hubo cerrado.

—Lo siento, jefe —dijo de pronto Fremont—. Voy a proponerle algo que merecerá su desaprobación.

—Pues no me lo proponga y quedaremos tal como estamos.

Fremont se hizo el sordo.

—Voy a llevarme a Edith. Ella me servirá de carnada —explicó sucintamente.

—¡Rechazado! Ya se la llevó otras dos veces, y si no me dio un ataque de hemiplejía no sé por qué fue.

—Todo salió bien, ¿no?

—Por poco no lo cuenta, Fremont. Yo pienso en su madre. ¿Y usted?

—Edith ha dicho algo que me ha hecho pensar que un clavo saca otro clavo.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Si ahora me dice para qué necesita el primer clavo, el cual supongo debe representar a Edith.

—Para sacar al otro clavo.

Norman comenzó a irritarse.

—¡No me ha dicho el nombre del segundo clavo! —gritó.

—Mañana lo sabrá, jefe.

Estaba oscureciendo cuando Norman miró hacia la ventana y sacudió la cabeza.

—Basta, Fremont. Edith está condenada a muerte, y no puedo aceptar lo que usted me propone. Aquí está segura y...

El cristal derecho de la ventana recibió el impacto de un objeto humeante.

El agente abrió la puerta de golpe. Su voz tronó:

—¡Fuera de aquí!

Norman fue el penúltimo en salir del despacho, Fremont no salió.

La fuerza expansiva de una explosión lo lanzó contra la pared del corredor.

En la Park Avenue los agentes reguladores del tráfico le dieron trabajo a sus silbatos. La entrada del

N. S. B.

fue vigilada por diez hombres de poderosa osamenta que impidieron la entrada y la salida al Departamento.

En la primera planta del edificio, Fremont examinaba desde el suelo las astillas de la puerta, y trozos de sillas de «Norman Spencer» convertidas en un amasijo espantoso. Observó, con un suspiro que le hizo sonreír, que no había habido víctimas.

Su sonrisa fue en aumento cuando se volvió para mirar al «amo», el cual también estaba tendido en el suelo y correspondió a la mirada, pero no a la sonrisa del agente.

—¿Qué decía a propósito de que Edith estaba segura aquí, jefe? —inquirió Fremont.

Norman parecía otro hombre. El color había huido de su cara y tenía los ojos desorbitados.

—Creo que voy a pedir una baja fulminante del Departamento, Fremont —musitó.

—La mía, claro. Pero no lo haga hasta pasado mañana. Recuerde que le prometí...

—¡La mía, estúpido! —bramó el hombre.

—¿Usted también, jefe?

Jadearon como si estuvieran fatigados. El de más edad se arrastró por el suelo y le puso una mano en el hombro al joven.

—Olvida lo que acabo de decir, muchacho —susurró—. El que te habla ahora es el mejor amigo de tu madre. ¿Lo olvidarás?

—¡Pero si ya no recuerdo nada!

Cecil tenía el ceño fruncido mientras escuchaba la explicación de su amigo.

—Lumber y el tipo que resultó llamarse Ivan fueron sacados de aquí sin que nadie del vecindario lo observara. Ahora están entre las cuatro paredes de sus nichos como si no hubieran nacido.

—Ya.

—El jefe de la pandilla de asesinos debe creer que han huido

aterrorizados.

—Eso no se lo cree nadie; ni tú mismo —intervino Edith.
Fremont asintió.

—De acuerdo. Pero supongamos por un momento que es lo que el asesino número uno cree.

—Bien. Adelante con tus suposiciones.

Fremont señaló la entrada del

«Jason's

Bar» y tragó saliva al poner una mano sobre el hombro de su amigo, el cual se sacudió.

—¡Fuera pulgas! —exclamó Cecil.

—Dentro de poco verás a Jana del brazo de un tipo que es dos veces más voluminoso que tú, muchacho —repuso Fremont.

—¡Condenación...!

El puño de Cecil se disparó. Fremont detuvo el impacto con la palma de la mano.

—No lo repitas, muchacho —le advirtió fríamente.

Cecil hizo algo que un agente del

N. S. B.

no debía hacer nunca con un compañero de profesión: dirigió la mano a la axila.

La diestra de su amigo le agarrotó el codo, torciéndoselo hacia atrás. Luego lo empujó, haciéndolo caer al suelo.

Edith, que presenciaba la escena, aunque no perdía de vista lo que pasaba en la calle, apremió sin levantar la voz:

—¡Mira, Cecil!

Éste se puso en pie, tuvo una rencorosa mirada para el otro y soltó la empuñadura de la pistola.

Lo que vio a través de los cristales le bastó de una vez por todas.

Jana, colgada del brazo de Alfred, miraba a su acompañante de una manera que no admitía duda respecto a los sentimientos que aquel hombre le inspiraba.

Fremont volvió a poner la mano en el hombro de su amigo. Esta vez no fue rechazado.

—Olvídala, muchacho —le exhortó—. Hace tiempo que yo sabía que esa mujer no era buena. Te lo insinué de mil maneras, pero tú no quisiste hacerme caso... Ahora pensemos en lo otro.

La voz de Cecil era un silbido.

—¿A qué te refieres, Fremont?... ¡No me mires así, condenado! Te garantizo que ya lo he olvidado todo.

El encargado de «Fission» sonrió de aquella forma tan cínica y... —Según pensó Edith— tan irresistible.

—Conozco el lugar donde duermen el gigante y el otro gimnasta. De los que no sé nada es de esa pareja y de un tipo con cara de hipopótamo al cual sólo vi de perfil y muy a la ligera el día que me secuestraron.

—¿Qué propones?

—Renuncio a hacerles cantar, aunque estoy segurísimo de que ellos son los asesinos de los ingenieros y los ladrones de los planos.

—Sí, sí; pero di de una vez lo que te propones hacer.

—Vayamos al encuentro del gigante y del gimnasta.

—¿Para qué?

—Eso ya lo veremos... Tal vez lo veamos mañana mismo.

Fremont señaló la puerta del apartamento.

—Toda la delantera, Cecil. Yo tengo que hacerle unas cuantas preguntas a Edith.

Ésta meneó la cabeza y dio el primer paso hacia la salida.

—No me quedo nunca a solas con ningún hombre —dijo secamente.

Fremont la detuvo. Su mano parecía un cepo cuando la prendió por la muñeca, diciendo como hombre cuyas intenciones no admiten el ultraje de la más leve sospecha.

—Tú te quedas aquí. En estos momentos yo no soy un hombre, sino un representante de la seguridad del país. Y tú no eres una mujer, sino una auxiliar del

N. S. B.

—¡Muy romántico! —La sonrisa no cuajó en los labios de la reportera.

—Sube al taxi y aguárdenos bastante más allá de la entrada de este apartamento, Cecil —siguió diciendo el joven.

El encargado de «Estupefacientes» no despegó los labios y salió con la cabeza baja y dentro de ella una espantosa confusión de pensamientos.

—¡Vengan esas preguntas! —exigió Edith al quedar sola con Fremont.

Él se frotó una mejilla y vaciló.

—Los investigadores somos muy ignorantes, Edith —dijo al cabo.

—Lo cual no es ninguna novedad. Un hombre inteligente y rico... como yo conozco a uno, se queda en su casita al lado de su mamá, en lugar de ofrecerse como diana de unos asesinos sin entrañas.

—Desde luego... Bueno. Se trata de música, ya sabes, esos ruidos infernales que le enloquecen a uno.

Edith lo miró compasivamente.

—Háblame de tus aficiones, Fremont. ¡Sé tan pocas cosas de ti!

—¡Ah! Pues leo mucho y he leído mucho más. Me gusta la pintura —se hizo el modesto—. Dibujo bastante bien, ¿sabes? Cuando nos vayamos a vivir con mi madre, te enseñaré mis obras de arte.

Pese a la media luz del interior, el agente notó el cambio de color del semblante de la joven. Fremont se decía que una mujer que se sonroja a tiempo, forzosamente ha de poseer las prendas morales que él estaba dispuesto a exigirle a la que tenía que ser su esposa.

—No estés tan seguro de que yo acceda ir a vivir con tu madre —replicó Edith.

—Ya está decidido, muchacha... Bien, como iba diciendo, voy a hacerte unas cuantas preguntas tontas. Quizá sea una sola.

—Adelante con la pregunta, aunque sea tonta.

—Tú no has oído el «Vals Triste», nadie lo ha oído en el tocadiscos de la casa de al lado del Departamento. Yo lo tengo incrustado aquí.

—Por lo visto esa música te ha afectado, ¿eh?

—Muchísimo.

Ella enarcó una ceja.

—¿No has bromeado cada vez que te has referido a esa composición de Jan Sibelius, sabiendo que este compositor es compatriota de mis padres?

—¡Juro que no sabía que fuese finlandés! —exclamó el agente con pasión—. Lo que pasa es que mi ventana de «Fission» es la que se halla más cerca de la casa situada a la izquierda del Departamento.

—¿La solitaria?

—Ésa. Háblame de «El Vals Triste», Edith.

La joven explicó pacientemente:

—Sibelius compuso «Finlandia», «Scharamouche», la *suite* «Rakastava», «Die Jungfran im Turme», «Besazar», «La Tempestad» y la famosa tragedia «Koulema» o «Knolema»...

El cuerpo de Fremont adquirió una rigidez inusitada.

—¡Continúa! —exigió.

La muchacha dijo en un bisbiseo:

—¡Santo Dios!

—¿Por qué te detienes? —rugió él—. ¿Qué pasa con «Koulema» o «Knolema»?

—«El Vals Triste» forma parte de este drama, Fremont. Y de pronto he recordado la firma del autor de los comunicados enviados al jefe.

El agente relajó la tensión y la prendió por los hombros, besándola en la boca. De su garganta, al separarse de la joven, salió un chillido.

—¿No te das cuenta, Edith?

—Es muy extraño que oigas ese vals desde tu ventana, Fremont —admitió ella.

El agente recobró la serenidad de una forma súbita. Volvía a ser un hombre frío y reservado cuando dijo:

—Ahora ya sé dónde encontrar al dueño de Jana, que sin duda es también el dueño de la casa inmediata al edificio del Departamento de Seguridad Nacional. ¡Vamos!

El sábado, 15 de setiembre, fue el único, desde hacía un mes y medio, que el importante rotativo «The Chicago Port» no publicó la desaparición de ningún ingeniero.

El domingo, a primeras horas, cuando la chiquillería permanecía aún en la cama, el Zoo recibió la visita de varios hombres de gran corpulencia, los cuales fueron a situarse enfrente de las jaulas de los antropoides.

Estos hombres se miraron entre sí y luego miraron a los chimpancés. Terminaron riéndose los unos de los otros, estableciendo comparaciones, en las cuales resultó que los antropoides eran más guapos que la mayoría de ellos.

Una pareja formada por un hombre y una mujer muy altos, jóvenes; bellísima y sugestiva ella, y viril y apuesto él, pasaron por

delante de los hombres corpulentos sin mirarlos y se detuvieron delante de la doble jaula de los tigres de Bengala.

La tigresa se paseó por su compartimiento, se detuvo junto a los barrotes de la separación con el macho, lo olisqueó y, volviendo grupas, penetró en su cubil.

El macho se levantó al ver al hombre. Hombre y fiera se miraron fijamente, con odio. El primero levantó una mano y el segundo bramó. Su rugido resonó trágicamente.

—¡Mala bestia! ¿Aún no te has muerto? —dijo el hombre, que era el agente Fremont.

—No me explico lo que te pasa con este animal —observó la mujer, que era la reportera Edith.

—Yo tampoco me lo explico. ¡Le odio! Eso es todo.

El agente y su acompañante rodearon la jaula. En la parte posterior había una especie de túnel de ladrillos que desaparecía en el interior de una construcción de cemento.

—Ésta debe ser la vivienda del encargado —comentó Fremont.

—¿Es necesario que permanezcas aquí? —sugirió la joven.

—Desde aquí oiremos la señal y entonces tú regresarás a la habitación del jefe. ¿Estás nerviosa?

—Sí; mucho.

Regresaron a la parte delantera de la jaula. Edith miró a los hombres corpulentos los cuales seguían bromeando junto a la jaula de los chimpancés.

Fremont ya no vio al tigre. Examinó la jaula y el corazón le dio un vuelco en el pecho ante lo que vio.

Pasó una de sus largas piernas por encima de la valla metálica, puso un pie en el parterre lleno de musgo y recogió un objeto brillante de debajo del último travesaño de hierro de la jaula.

—Quiero ver las águilas —dijo de pronto Edith.

—Bueno —accedió el agente, preguntando a continuación—. Dime, ¿no vivió algunos años en Méjico el ingeniero Egan?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Toma —le entregó una medalla con la efigie de Nuestra Señora de Guadalupe—. La he encontrado en el suelo. No te olvides de entregársela al jefe.

—¿Qué te pasa? —gritó ella mirándole fijamente—. Estás pálido como un difunto.

Al oír el grito de la joven el tigre salió de su cubil y se lanzó contra los barrotes. Rugió, mientras de sus fauces se desprendía una babosidad que mojó a Edith.

—¡Asqueroso!

Fremont se agachó para recoger una piedrecilla del suelo, cuando detrás de ellos un hombre le increpó rudamente:

—¿Qué va a hacer, valiente?

—¡El hombre de la cara de hipopótamo! —exclamó la reportera por lo bajo.

—¡El chofer! —farfulló Fremont. Levantó la voz—. Éste es el último extremo del hilo que me faltaba encontrar para llegar al ovillo, Edith.

Bronson, el encargado de alimentar a las fieras, el conductor del automóvil largo y oscuro en cuyo interior el agente estuvo a punto de perder la vida, se quedó clavado en el sitio al reconocer al joven.

Éste se aproximó a él.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

—Bronson. Pero mi nombre no tiene nada que ver con...

Se interrumpió y comenzó a retroceder.

—No retrocedas, Bronson.

El de la cara de hipopótamo había visto que tres o cuatro hombres muy corpulentos le cerraban la huida por detrás. De un salto traspuso la valla metálica y sus pies pisaron el césped.

Fremont y Bronson se examinaron atentamente y el segundo caminó unos cuantos pasos de lado.

Súbitamente introdujo la diestra en un bolsillo de la americana del uniforme. Fremont hizo lo mismo, si bien dirigió la suya a la axila. Después éste presionó el gatillo de la pistola con silenciador en el momento en que una zarpa del tigre macho salía de la jaula.

—¡Para ti también habrá una ración de antimonio, devorador de ingenieros! —gritó el agente.

Se oyeron seis taponazos, un rugido espantoso y la caída de la fiera y el hombre en el instante en que en la Avenida del Zoo sonaba un silbido poderoso, semejante al escape de una caldera a presión.

Fremont asió por una mano a la reportera y corrió hacia la salida seguidos por los hombres-chimpancés.

Mientras cambiaba el cargador de la pistola, el agente señaló la

entrada del edificio del

N. S. B.

—Atraviesa la avenida y sube al despacho del jefe, muchacha...
¡No me repliques! Es una orden. Y no te olvides de decirle al viejo
que al fin he encontrado las tumbas de los cinco ingenieros...

—Pero...

—No me interrumpas, Edith. Dile al amo que las tumbas de los
ingenieros son las panzas de dos tigres de Bengala.

CAPÍTULO IX

Los fornidos auxiliares del

N. S. B.

penetraron en la casa cuya entrada estaba protegida por la reja metálica en forma de U, por detrás, por delante y por las ventanas de los altos.

Alfred Pusky, el gigantesco Ledger, el gimnasta Andrew y la rubia platino Jana se hallaban en la sala de estar, hacia la cual fueron empujados por los asaltantes.

Nunca, como en aquellos instantes, fue tan poderosa la influencia del dueño de la casa sobre los dos hombres y la mujer.

—No temáis nada —los tranquilizó—. Jamás podrán demostrar que fuimos nosotros los que hicimos desaparecer a los ingenieros.

Jana estaba mortalmente pálida. Alfred, que se volvió hacia ella, se inmutó.

—Supongo que me obedeciste, ¿no, amiga mía?

La voz de Fremont gritó al otro lado de la puerta:

—Les conviene abrir y dar la cara, mala gente. La función ya ha terminado.

Jana seguía mirando a Alfred. Éste le volvió a preguntar, si bien ahora lo hizo atropelladamente:

—¿Qué hiciste con los planos?

—Lo que tú me ordenaste esta madrugada.

—Te ordené que los sacaras de esta casa. Fremont nos vio juntos, me consta; y ese canalla me daba miedo.

—Me ordenaste que los sacara de esta casa... hoy. ¡Hoy! Y el día de hoy, domingo, ha empezado para mí cuando me he levantado de la cama.

—¿Dónde... dónde están ahora?

—En mi alcoba. Tú mismo dijiste que esta casa gozaba de inmunidad diplomática.

Aporrearon la puerta de la sala de estar. A continuación sonó la voz de Fremont.

—Escuchen esta música, que desde luego no es tan buena ni sugeridora como el «Vals Triste»...

Sonó una racha de metralleta y la puerta resultó perforada.

Ledger y Andrew comenzaron a desconfiar del omnímodo poder de Alfred. Ocultáronse detrás de una otomana y sacaron las pistolas.

—¿Qué hacemos? —inquirió el gigante.

Alfred los examinó con sorna. Sus brillantes y negras pupilas llamearon.

—Ya no queda nada por hacer; todo está hecho. Y si no habéis aprendido a morir, ahora tendréis ocasión de hacerlo.

—Ya que no salís —gritó fuera de la sala el agente Fremont—, entraremos nosotros.

La puerta fue derribada sin disparar ni un solo proyectil.

Alfred no se había movido de su sitio. Jana venció el instante de temor que había experimentado y se colocó a la izquierda del personaje.

—Te enseñaré a morir —dijo ella suavemente.

La voz del hombre era extrañamente cálida cuando replicó:

—Me hubiera gustado que me enseñaras a vivir decentemente a tu lado. Puesto que no ha podido ser así, nada me satisfará tanto como que muramos juntos.

Fremont fue el primero en entrar en la sala. Empuñaba una metralleta.

—Faltan dos —observó—. ¿Dónde...?

La sala, junto a la puerta, se llenó de auxiliares cuando el antebrazo del agente recibió una serie sucesiva de sacudidas al ser golpeado por la empuñadura de la metralleta. Ésta había arrojado diez proyectiles contra la otomana.

La gran cabeza del cejudo se deslizó por la parte inferior del respaldo y antes de caer, su mano, armada con una pistola de fabricación oriental, apuntó al frente.

Fremont disparó cuatro balas contra la cabeza del gigante. Después dio un rodeo y se dirigió a la otomana.

—El gimnasta está taladrado como un sello de Correos —explicó, agregando—: El gigante está descabezado.

Los auxiliares seguían junto a la puerta, todos ellos empuñando

sendas metralletas, cuando el agente fue a situarse frente a la pareja.

Detrás de él sonaron las pisadas de un hombre sólo avanzando hacia el centro de la sala. Fremont le preguntó:

—¿Piensas hacerme reconvencciones, Cecil?

—Pienso felicitarte antes de que lo hagan el viejo y seguramente el subsecretario. Terminarán clavándote una medalla tan grande como un plato en el pecho, ya lo verás.

—Gracias, amigo. Tus palabras me confortan.

Fremont dejó la metralleta sobre una mesa. Miró recto a los ojos al personaje del cual no tardaría en saber que no era finés.

—Ha lanzado un suspiro, *herr*... o como se le llame en su tierra a un señor, Alfred Pusky —observó.

Éste continuó inmóvil. Replicó:

—Cierto. Prefiero morir de un disparo de revólver que acibillado por una metralleta. Hay muchas formas de morir...

—Y de vivir —cortó el joven.

Entretanto Cecil y Jana se miraban. Ella sonreía provocativamente. El profirió un insulto que mereció la desaprobación de su amigo.

—Vamos, vamos, Cecil; repórtate. Llamarle eso a una dama es una grosería incalificable.

Alfred señaló con el mentón un mueblecillo situado junto a la ventana que se hallaba más próxima al muro del parque zoológico.

—A propósito, agente. Le sugiero que cultive su gusto musical. Su desconocimiento de la buena música me ha divertido enormemente.

Fremont asintió compungido.

—Si yo hubiera sido un «dilettante», a estas horas estarían vivos cinco ingenieros, una viejecita y un barman honradísimo y valiente.

—Celebro que lo reconozca. Conque, ya lo sabe, a estudiar música se ha dicho.

—Es lo que pienso hacer, *herr* Alfred. ¿Es ése el tocadiscos con la dichosa pieza de el «Vals Triste»?

—Ha acertado. Lo que seguramente ignora... ¡Siempre tropezamos con su falta de cultivo musical! Decía que lo que usted ignora es que el «Vals Triste» pertenece al drama musical «Koulema», que quiere decir «La Muerte», o sea, la muerte para el

ingeniero de turno.

—Lo que no acierto a comprender es por qué coincidía la audición de esa musiquilla con los rugidos de los tigres, *herr*.

—Elemental, querido Fremont, elemental. Poníamos el disco un día o dos antes de que le enviáramos un ingeniero a los tigres. Nuestro amigo...

—¿Bronson?

Alfred enarcó una ceja.

—¿Sabe que el encargado de alimentar a las fieras se llama Bronson, agente?

—Sí. Pero ya no se llama así ahora.

—¡Ah! —exclamó Alfred.

—Sí. Los cadáveres no tienen nombre. Ahora permítame que adivine el resto de la explicación. Estaba usted a punto de decirme que un día o dos antes de que les destinara un ingeniero a las fieras, tocaban el «Vals Triste» para que el difunto Bronson los dejara en ayunas.

—Ha acertado. Un ingeniero era arrojado a la jaula desvestido y los tigres —que por la noche están juntos— daban buena cuenta de él.

—Ya, ya. Ahora hablemos de los planos, Jana —dijo el joven mirando a la mujer.

—¡Mientras yo viva, no se apoderarán de ellos!

En las manos de Alfred y Jana aparecieron dos pistolas.

Los agentes actuaron.

Cecil seguía apretando el gatillo de la metralleta cuando Jana ya había muerto y su cuerpo de diosa estaba acribillado a balazos en el suelo.

La pistola de Fremont disparó un solo proyectil y Alfred juntó los tacones en posición de firmas, levantó una mano, cuyos dedos se crisparon hasta convertirse en un puño, y cayó hacia atrás.

El último reportaje de la redactora de la página sensacionalista, del «The Chicago Port», terminaba así en su número del día 6 de octubre:

«Con estas letras les doy el adiós definitivo a mis amados lectores. He hecho un convenio con mi marido. El aprenderá

música, yo dejaré de emborronar cuartillas y darles la tabarra a ustedes, que hasta hoy han tenido que sufrir los mal pergeñados reportajes de

Edith Tolles».

FIN

Red Wyler trabó conocimiento con la preciosa hija de Benson, sin imaginar que aquella muchacha estaba metida en un lio que podía costar la vida a su padre, a ella y a todo el que intentara averiguar algo sobre el asunto...



Esta es parte de la apasionante trama de

LA TIGRESA Y YO

Una novela policiaca que mantendrá sus nervios en tensión mientras dure la lectura

La ha escrito el célebre

KEITH LUGER

y la publicará en su próximo número, la

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡El crimen y la extorsión campaban a sus anchas en torno a los Benson, porque había algo que nadie sabía respecto a la vida del gran hombre de negocios y su hija!

LA TIGRESA Y YO

¡Un alucinante problema policiaco cuya solución dependía de una mujer hechicera!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
748 — Carol Rodi
VUELTA AL HOGAR

COLEC. "MADREPERLA"
644 — María Dolores Acevedo
LLEGA UN MILLONARIO

COLECCION "ROSAURA"
588 — Carlos de Santander
MORENA Y FEA

COLECCION "AMAPOLA"
475 — Isabel Saluena
A UNA SOLA CARTA

COLECCION "ALONDRA"
409 — Corín Tellado
AQUEL DESCUBRIMIENTO...

COLECCION "CAMELIA"
350 — M.^a Esperanza Neyra
EL PRECIO DEL AMOR

COLECCION "CORAL"
35 — Corín Tellado
CUPIDO SE BURLO DE
MARY-DENA

PRECIO: 8 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
689 — Keith Luger
EL FARSANTE DE DODGE
CITY

Col. "SERVICIO SECRETO"
553 — Meadow Castle
HIMNO DE FUNERAL

COLECCION "BUFFALO"
385 — M. Lafuente Estefanía
UNA MUJER BELICOSA

COLECCION "TEXAS"
254 — Fidel Prado
LA HEROINA DEL VALLE
DEL SALT

COLECCION "CALIFORNIA"
223 — Clark Carrados
EL PARADOR DEL
INFIERNO

COLECCION "COLORADO"
178 — M. Lafuente Estefanía
DENVER MURDER

COLECCION "KANSAS"
144 — M. Lafuente Estefanía
EL ORGULLO DE UN
MILITAR

Col. "HEROES DEL OESTE"
126 — M. Lafuente Estefanía
AMIGO O ENEMIGO

COL. "ASES DEL OESTE"
96 — Raf Sgram
UN VAQUERO LEVANTISCO

COL. "BRAVO OESTE"
8 — M. Lafuente Estefanía
ASOCIACION SANGRIENTA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡LLEGA!...

*Una Historia
de los Tiempos
de Cristo*



¡La película de los once 'oscar'!

LEA la única edición que incluye entre sus páginas fotogramas de la gran producción METRO-GOLDWYN-MAYER del mismo título

COLECCION JOYAS LITERARIAS

32 fotografías a toda página

Un volumen de 476 páginas
125 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Fab Hunter

N.º 1267

Conocimos a este joven actor en: "La isla del deseo". Posteriormente le hemos visto en: "Más allá de las lágrimas" y "Amor y guerra". Nació en Nueva York el 11 de julio de 1931.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Oficina de Seguridad Nacional. (N. del E.). < <

[2] «... Derramaron más lágrimas que goma medicinal los árboles de Arabia». (N. del E.). < <

[3] «... uno, cuya mano, como el indio pobre, tiró una perla más rica que toda su tribu...». (De Shakespeare). (N. del E.). < <